



REPORTAJE DE UN ASESINATO

frank lewis

FRANK LENIS

REPORTAJE DE UN ASESINATO

Col. SERVICIO SECRETO n.º 697
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 22680 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - DICIEMBRE 1963

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1963

N. R. 4681/63



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Qué te ha parecido, Dennis?

—Era de esperar. Nunca me han gustado esos hombres que hablan tanto. Menos palabras y más hechos.

—Eres terrible. Tus artículos son sinceros, exageradamente sinceros.

—Naturalmente. Nunca debemos engañar a los lectores, escribiendo subterfugios, sino expresar nuestra opinión, sin temor a equivocarnos. Es humano errar, y no debemos avergonzarnos de ello. No puedo con esos periodistas que son infalibles. Antes de un partido o un combate expresan sus opiniones de un modo ambiguo, y al día siguiente se agarran a cualquier motivo para manifestar su infalibilidad.

—Deben guardar su prestigio.

—¿Su prestigio? Es absurdo. Actuando de esa forma no pueden tener prestigio. Un hombre triunfa o fracasa, pero siempre poniendo de manifiesto su criterio, no dando lugar a dudas sobre lo que expresa.

—Por algo eres el mejor periodista deportivo, Dennis. Nadie puede

compararse contigo.

—No digas eso; me estás abrumando, Jack. No soy merecedor de tantos elogios.

—Sabes de sobra que no soy partidario de hacerlos, y menos de prodigarlos. Esta noche, por ejemplo, todos los críticos creían en la victoria de ese púgil de Nebraska, aunque cubriéndose ante la indudable clase de Joe Laski. Tú no, inmediatamente afirmaste de forma rotunda la victoria de Joe. Todos se sintieron escandalizados ante tu afirmación de que no pasaría el combate del quinto asalto.

—Es natural. Cuando un hombre se dedica a una profesión, debe poner el alma en ello. Ha de permanecer atento a cuanto ocurre.

Pero… ¿cómo te atreviste a afirmar la superioridad de Joe Laski?

—Laski es un muchacho valiente y con aptitudes para llegar a campeón. Su preparador es un hombre sencillo sin influencia alguna. Se ha abierto camino a base de terribles peleas con los mejores pesos ligeros.

Cliff Nova es un caso completamente distinto. Su preparador es un hombre poderoso, y le hizo recorrer un camino fácil para llegar hasta el título mundial.

—¿Tú crees?

—Sin lugar a dudas. Solo debes examinar los contrincantes de ambos púgiles. El preparador de Nova se ha visto obligado a enfrentar a su pupilo con Laski. El resultado para mí estaba claro, no podía ser otro.

—Eres formidable.

Dennis había cumplido los veintinueve años; alto y de potente complexión, aunque la esbeltez de su cintura lo disimulase. Vestía con sencilla elegancia. Jack Neil parecía el extremo opuesto: tenía treinta y dos años, más bien bajo de estatura y delgado. Sus facciones eran irregulares, aunque de ellas se desprendía una expresión inteligente y simpática. Vestía de forma desastrosa; un traje nuevo en su cuerpo le daba una apariencia algo más presentable que la de un espantapájaros.

No obstante, Jack Neil era un excelente periodista, siendo muy apreciado por sus jefes.

—Vamos a tomar una copa, amigo.

—Acepto, Dennis. Celebraremos la victoria de Joe Laski.

La barra de aquel bar estaba muy concurrida, pero lograron hallar un hueco, aprovechando la marcha de unos clientes. El joven atrajo la atención de un *barman* con un gesto.

—Dos whiskies dobles.

Y dejó un billete sobre el mostrador. Se trataba de un billete de diez dólares. Se volvió hacia su amigo para reanudar la iniciada conversación, cuando le pareció ver una mano que avanzaba hacia el billete.

Ya no la perdió de vista y, cuando los dedos se apoderaban del papel, con un rápido movimiento asió la mano. Esta, en vano, trató de debatirse.

Se volvió, viendo a un muchacho. Le miró con dureza.

—Voy a entregarte a la policía. Eres un ladronzuelo.

—Por favor, señor. No lo haga, nunca había robado Estoy avergonzado.

Ambos hablaron en voz baja, sin atraer la atención de nadie. El propio Jack Neil les miraba, extrañado, y preguntó:

—¿Qué ocurre, Dennis?

El joven, con un rápido movimiento, colocó al muchacho entre él y su amigo. Ahora, al contemplarlo mejor, sintió lástima. Apenas tendría diecisiete años, sus cabellos negros estaban revueltos y sus facciones eran atractivas y simpáticas. Vestía con sencillez, pero iba limpio.

—Este tunante quería apoderarse de ese billete.

—Lo entregaremos a la policía, y en un correccional le enseñarán a no robar.

Ahora Dennis lo sujetaba por el brazo, mirando la angustiada expresión del muchacho. No pudo menos de sentir una intensa simpatía por él. Se censuró por ello, aunque siempre se dejaba guiar por sus impulsos. A juzgar por su instinto, aquel muchacho no era malo, pese a su innoble conducta.

—Déjeme marchar, señor. No volveré a hacerlo, se lo juro.

—¿Eres italiano?

—No, señor, español.

—Estos latinos son incorregibles, Dennis. Nunca me he fiado de ellos. ¿Qué vas a hacer con él?

Los ojos negros del muchacho brillaron al oír estas palabras. Tenían la esperanza de salir bien librado de aquel atolladero.

—Mi deber es llamar a un agente y entregárselo.

Notó cómo el cuerpo del muchacho se estremecía.

—¿Cómo te llamas?

—Antonio Mora.

—¿Por qué quisiste robarme los diez dólares?

—Se trata de una gran necesidad. Le prometí a Mickey que le llevaría cinco dólares.

—¿Quién es Mickey?

—Un amigo. Su madre está enferma, y nos falta ese dinero para comprar medicinas. Mickey y yo ganamos poco, y como los gastos han aumentado, nos hemos quedado sin un céntimo.

—No te creo, Antonio.

—Es verdad, señor. Se lo prometo —replicó el muchacho, irguiéndose.

Su rostro estaba pálido, pero miraba con fijeza a Dennis.

—¡Bah, todo eso es un cuento! —exclamó Jack, despectivo.

Antonio trató de librarse de la mano del joven, sin conseguirlo, aunque demostrando ser fuerte.

—No le permito que me llame embustero, espantapájaros. Si quiere,

puede entregarme a la policía.

Jack enarcó sus espesas cejas.

—¿Has visto, Dennis? Ha tenido la desfachatez de llamarme espantapájaros.

El joven soltó una carcajada. En aquel momento, el *barman* llenaba los vasos y miraba con desconfianza al muchacho.

—¿Les ocurre algo, señores? —preguntó, suspicaz.

—Nada. Haga el favor de poner una cerveza.

Se apresuró a servirle la cerveza, despreocupándose de la presencia del muchacho. Este miró a Dennis.

—¿Es para mí, señor?

—Sí, tendrás sed.

—No la acepto —replicó, con dignidad, Antonio.

—Bebe, chico. Te invito yo. Esto se aparta de nuestra cuestión. Ahora iremos a ver a tu amigo Mickey, y como no sea cierto cuanto has dicho, te llevaré a la comisaría.

—¿De veras hará eso, señor?

—Sí.

—¿Te has vuelto loco, Dennis? Deja a este muchacho. Tienes que escribir el comentario de la velada.

—Cuestión de media hora, lo tengo todo preparado.

Jack se encogió de hombros, mientras las pupilas del muchacho brillaban y sus nervios se relajaban. Dennis se dio cuenta de esto, teniendo ya la seguridad de no haber sido engañado. Su instinto, una vez más, no le falló.

Bebieron en silencio. Harvey cogió el cambio, metiendo el dinero despreocupadamente en el bolsillo. Jack, de vez en cuando, le dirigía una mirada de censura, pero él fingía no darse cuenta de ello.

Ya llegaban a la puerta del bar, cuando esta se abrid, entrando tres hombres. Uno de ellos llevaba un esparadrapo sobre una ceja. Con rápido movimiento se apoderó de la mano del periodista, apretándosela con fuerza.

—¡Hola, Dennis! Te agradezco tu confianza en mí.

—Te felicito por tu victoria, Joe. Sigue por ese camino, y llegarás a campeón. Siempre soy sincero. Si cambias, te atacaré.

—Joe no cambiará, Dennis —respondió el preparador—. Es un buen muchacho y no debo preocuparme por su preparación física.

Se despidieron. Una vez en la calle, Antonio exclamó:

—Era Joe Laski, ¿verdad?

—Sí —asintió Jack, fingiendo indiferencia.

Dennis abría la puerta de su coche, y con un gesto señaló la parte posterior.

—Id atrás. No intentes escapar, Antonio. No te serviría de nada.

Y con rapidez puso en marcha el coche, preguntando:

—¿Dónde vive tu amigo?

El muchacho dio la dirección. Se trataba de un barrio humilde, pero cuyos habitantes no tenían mala fama.

—Ya le iré indicando el camino.

—No es necesario; lo conozco.

Antonio se echó hacia atrás y, mirando a Jack, preguntó:

—¿Es Dennis Harvey?

—Sí.

—Lo supuse. Es el mejor periodista de la ciudad.

Ahora la mirada de Jack Neil no indicaba desconfianza hacía su acompañante, creyendo ya en sus palabras. La actitud del muchacho era tranquila, y ganó su afecto ante la alabanza prodigada a su amigo. Aunque le continuaba mortificando su ofensiva comparación con un espantapájaros.

El coche, hábilmente conducido, se internó por unas callejuelas, no tardando en detenerse ante una casa vieja y de aspecto no muy sólido.

—Es aquí, señor Harvey.

Sin responder, el joven saltó a la acera. Cuando sus acompañantes hubieron hecho lo mismo, cerró la puerta. Subieron una estrecha escalera, y Antonio llamó. Abrieron, apareciendo un muchacho de edad similar a la de Antonio, aunque formaba un vivo contraste con este. Era de la misma estatura, más corpulento, de cabellos rubios y rostro cubierto de pecas.

—Tonio, ¿has traída dinero? —preguntó con ansiedad.

Dennis y Jack cambiaron una mirada. El muchacho no les había engañado. Su relato fue sincero.

—Sí, Mickey —respondió Tonio, y notó cómo Dennis deslizaba en su mano un billete—. Toma, y ve a comprar las medicinas.

Mickey miraba a los dos hombres con recelo.

—¿Quiénes son? —preguntó en voz baja.

—Unos amigos, luego te lo explicaré.

—Enseguida estaré de vuelta. ¡Caramba, Tonio, son veinte dólares! Es mucho dinero.

Este, parpadeó sorprendido, no encontrando palabras para responder, pese a su acostumbrado desparpajo. Dennis sonrió y dijo:

—El cambio es para vosotros, Mickey. Puedes comprar cuanto os haga falta.

—Gracias, señor. Cuida de mamá, Tonio.

Y el pecoso muchacho salió como una exhalación.

Los dos amigos examinaron el piso. Todo estaba muy limpio, pese a encontrarse la madre de Mickey enferma. Tonio inquirió:

—¿Quieren ver a la señora Friend? Todavía puedo haberles engañado, estando en combinación con Mickey.

—Desde luego, deseo ver a la señora Friend. Aunque no desconfío de ti. Te creí enseguida.

Entraron en una habitación, y Tonio encendió la luz. Los dos hombres vieron a una mujer de unos cuarenta y cinco años. Su rostro estaba pálido, y sonrió al ver a los visitantes.

—Señora Friend, unos amigos míos han venido a visitarla. Este es Dennis Harvey, el famoso periodista. Su amigo, a pesar de su aspecto, también debe ser muy bueno.

El joven tuvo que morderse los labios para no soltar una carcajada, pues Jack mostraba en su semblante una terrible indignación, al escuchar sus palabras.

—Han sido ustedes muy amables al venir. Calienta un poco de café, Tonio.

—No es necesario, señora. ¿Se encuentra usted muy grave?

—Gracias a Dios, no. El médico ha asegurado que no tardaré una semana en levantarme. He tenido suerte con mi hijo y Tonio; son dos muchachos excelentes.

—Siga descansando, señora Friend. Ya volveremos a verla. Buenas noches.

Y salieron de la habitación. Ambos amigos estaban emocionados por el sencillo elogio de la mujer hacia los dos muchachos. Tonio y Mickey hacían cuanto estaba a su alcance para tener la casa en orden y limpia, procurando ganar el dinero suficiente para salvar aquella terrible situación. Esta debió ser muy apurada cuando Tonio decidió apoderarse ilegalmente de un billete.

—Bueno, Tonio, la señora Friend no tardará en encontrarse buena.

—Gracias a su ayuda, señor Harvey. Si le damos esas medicinas, su enfermedad no será grave. Ha dado usted mucho dinero a Mickey.

—Afortunadamente, veinte dólares no es mucho para mí, en estos días. Y no me llames señor Harvey, mi nombre es Dennis. Mi amigo se llama Jack Neil.

—Sí, puedes llamarme Jack. Pero como vuelvas a dirigirme un calificativo insultante, te daré un mamporro. ¿Te has enterado?

—Sí, Jack. No se ofenda, no lo he hecho con mala intención. A usted también le aprecio mucho.

Dennis vio cómo Jack se emocionaba al oír una sincera contestación del muchacho, aunque continuaba manteniendo su ceñuda expresión. Jack Neil tenía un corazón de oro, y Tonio lo acababa de conquistar.

—¿De qué trabajáis Mickey y tú?

—Vendemos diarios.

—Eso no me gusta, Tonio. Os proporcionaré buenos empleos, pero de noche deberéis ir a una academia. Es necesario sacrificarse para ser el día de mañana unos hombres de provecho.

—Gracias, Dennis. Mickey y yo obedeceremos todas sus indicaciones.

Los dos amigos se sentaron. Dennis ofreció un cigarro a Jack.

—¿Fumas, Tonio?

—Fumaba. Mickey y yo hemos dejado de hacerlo. No teníamos dinero para tabaco.

El joven dejó casi todos los cigarrillos sobre la mesa. Jack le imitó.

—Para vosotros. Ya no tenéis necesidad de sacrificaros.

—Esto es demasiado, Dennis.

—Nada de eso. Somos amigos y te hago un favor. Algún día, Mickey y tú podéis corresponderme.

Llegó Mickey, dejando cuanto había comprado sobre la mesa. Tonio le presentó a sus nuevos amigos, y el pecoso muchacho les estrechó la mano con entusiasmo. Inmediatamente los periodistas se marcharon.

Una voz el coche en marcha, Dennis preguntó:

—¿Qué te ha parecido, Jack?

—Buenos chicos. ¿No has asumido una grave responsabilidad?

—No. Esos muchachos trabajarán y saldrán adelante. Son voluntariosos e inteligentes. Existen muchas calamidades en el mundo para poder remediarlas todas, pero sí debemos hacerlo con cuantas se crucen en nuestro camino. Imagínate si Tonio, en lugar de intentar robarme a mí, lo hubiera hecho con un individuo despótico. Ahora se encontraría en un correccional, la madre de Mickey iría agravándose, y este se desesperaría. Hemos hecho una buena obra, y no debemos arrepentirnos.

Dennis se detuvo ante la redacción. Los dos amigos se entregaron al trabajo.

CAPÍTULO II

Con su acostumbrada rapidez, terminó el comentario. Encendió un cigarro y lo repasó cuidadosamente. En su trabajo era concienzudo, no gustándole cometer errores, aunque estos fuesen mínimos.

Entregó el trabajo, disponiéndose a marcharse a su alojamiento y acostarse, pues ya eran las dos. Siempre acostumbraba a trasnochar, pues su trabajo le obligaba a ello. Si no era así, le gustaba divertirse. Carecía de obligaciones y familiares, siendo libre. Se hallaba encantado con su vida actual, no deseando cambiarla.

Vio al redactor jefe. La expresión de su rostro parecía más preocupada que de costumbre, pese a ser esta su característica más acusada. Jamás aparecía tranquilo y apenas sonreía. No obstante, era apreciado por todos los empleados. A pesar de su brusquedad y su forma sarcástica de amonestar cualquier error, siempre reconocía las buenas labores efectuadas. En caso de necesidad, podían tener la seguridad de hallar en él un amigo.

—Hasta mañana, Swan —se despidió Dennis.

Zachary Swan quedó inmóvil, con la mirada fija en el joven.

—¡Dennis, muchacho! —exclamó—. No tengas tanta prisa, quiero hablarte.

—¿Acaso quiere felicitarme por haber acertado el pronóstico del combate?

—No se trata de eso, tengo completa confianza en ti. Yo también creía en la victoria de Joe Laski —respondió, despreciativo—. Acompáñame a mí despacho.

Dennis frunció el ceño. Conocía bien a su jefe. Se encontraba en un caso apurado y apelaría a él para resolverlo. De tratarse de un asunto interesante, no le importaba. Aunque sería muy distinto, de tratarse de algo rutinario.

Zachary Swan, con su torpe andar, ya se encaminaba hacia su despacho, sin esperar su contestación. Le siguió, fulminándole con la mirada. ¡Maldito escocés!

—¿Quieres un cigarro, Dennis?

—Mal principio, Swan —respondió el joven—. Ya quiere pedirme algo, y no se trata de nada agradable.

—Te equivocas. Estoy en una apurada situación, es cierto, pero se trata de algo muy interesante, y solo puedo fiarme de ti.

—Hable con claridad de una vez —dijo Dennis con rudeza—. Así acabaremos antes.

—Tú y yo siempre nos entendemos. Me gusta tratar contigo.

—Coba no, Swan. No se la admito.

—Vamos, muchacho. Nunca acostumbro a adular a nadie.

—Ahora lo está haciendo.

No obstante, cogió el cigarrillo y lo encendió.

—Bien, bien, vamos al grano.

—Ya lo debía haber hecho desde un principio.

—Se ha cometido un crimen. Dennis. James Lister está ausente y no sé a quién enviar.

—Y ha pensado en mi ¿verdad?

—Exacto. No puedo obligarte, pues no se trata de tu sección, pero cuando un periodista es hábil, no existen dificultades para él, y tú lo eres.

—Deme la dirección e iré a informarme. Haré cuanto pueda para suplir a Lister.

—Nosotros siempre acostumbramos a lanzar las mejores informaciones, los últimos detalles. Tendrás un temible adversario en Nick Burton. Este es endiabladamente hábil, contando con muchos medios, así como su amistad con el inspector Gainer. Este le ayuda en lo que está a su alcance.

—Conozco las dificultades y procuraré superarlas. ¿Quién ha sido la víctima?

—Minella Doody.

Y Zachary Swan se quedó mirando fijamente al joven, deseando comprobar el efecto producido por su contestación.

Dennis dejó escapar un silbido de admiración.

—Minella Doody, la conocida cantante. Parece increíble.

—La misma, muchacho. Me lo ha comunicado un camarero del «Green Deer»{1}. Probablemente ya tendremos atraso, pues Burton estará sobre la pista.

—Iré inmediatamente al «Green Deer». Nunca me ha gustado ese local, que a pesar de su lujosa apariencia, es un antro. Sus clientes son los personajes más indeseables de la ciudad. Hasta su propio nombre es horrendo. ¿A quién se le ocurre, un ciervo verde?

—Suerte, Dennis.

El joven hizo un ademán de despedida, y salió del despacho de su jefe.

Ahora Dennis ya no estaba disgustado, pese a tener una tarea difícil ante él. Se trataba de un asunto importante, pues Minella Doody era muy conocida. Aunque su voz y su arte no fuesen excepcionales, su belleza y las exuberantes curvas de su cuerpo la colocaron en la cúspide del éxito, aunque este fuese circunstancial. Su fama no tardaría en quedar eclipsada por la aparición de otra fulgurante estrella, y sería olvidada por el público.

Tan solo las grandes figuras se mantenían durante años en el triunfo, y eran escasas las que pasaban a la posteridad.

No perdió un solo momento, llegando hasta su coche en grandes

zancadas. No tardó en detenerse ante el «Green Deer». La suntuosa entrada del club nocturno ya ofrecía el aspecto de que había ocurrido algo anormal. Junto al portero, vio la figura inconfundible de un agente.

No se equivocó, pues este le detuvo con un gesto.

—No se puedo entrar, señor.

—Prensa, agente.

—Entre, pero debe hablar con el inspector Gainer. Se trata de mi responsabilidad —respondió el agente, tras haber examinado su credencial.

—Así lo haré, no se preocupe.

El inspector le conocía y no podía oponerse a sus gestiones, mientras no entorpeciese la acción de la justicia.

Ya quedaban pocos clientes, pues estos se apresuraban a marcharse, atemorizados por el crimen cometido, tras haber accedido a dar sus nombres y direcciones. Su temor superaba la curiosidad por conocer los detalles de la muerte de la famosa estrella.

Como había dicho Dennis, los clientes del «Green Deer» eran los más indeseables de la población, aunque cubiertos con una apariencia de honorabilidad. Esto hacía que no les gustara la intervención de la policía en sus vidas privadas.

—¡Caramba, si tenemos aquí a Dennis Harvey! —exclamó un individuo alto y grueso, que vestía con extremada elegancia y sonreía burlón.

—¡Hola, Burton!

—¿Desde cuándo su periódico envía a un cronista deportivo para su sección de crímenes?

—La necesidad, Burton. El titular de la sección está ausente.

—¿Dónde se encuentra James Lister? —preguntó con curiosidad.

—Lo ignoro. Solo he recibido la orden; no acostumbramos a hacer preguntas. En mi periódico somos disciplinados.

Nick Burton se mordió los labios, despechado por la contestación de Dennis. Después sonrió con sarcasmo:

—Le deseo suerte.

—Gracias.

Y se alejó, molesto por el encuentro. Burton nunca fue de su agrado, pues era muy presuntuoso. A todos sus colegas les hablaba con evidente superioridad, sobre todo a los que pertenecían a otras secciones.

A él siempre se limitó a saludarle, hablándole tan solo en circunstancias excepcionales. Al parecer, esta era una de ellas. James Lister tampoco simpatizaba con él, sosteniendo una enconada rivalidad. En muchas ocasiones la habilidad de Lister superaba la influencia de Burton.

Particularmente, nunca le consideró un buen periodista, habiendo alcanzado su actual posición merced a diversas manipulaciones, muchas de ellas no muy claras.

El inspector Gainer respondió a su saludo con un brusco gesto. No llegó

a sonreír.

—¿Qué desea, Harvey?

—He venido en representación de mi periódico, inspector.

—Bien. ¿Desde cuándo envían periodistas deportivos?

—James Lister se encuentra en otro lugar.

—Puede hacer las gestiones. Supongo que ya conoce sus obligaciones; no debe salirse de ellas y entorpecer la labor de la policía.

—Conozco mi deber, inspector… —respondió con brusquedad.

Gainer dejó escapar un gruñido y se volvió hacia un agente, dándole una orden.

No empezaba con buen pie su tarea. Dennis se encogió de hombros, acostumbrado a enfrentarse con situaciones parecidas. No se desanimaba, por muchos obstáculos que surgiesen ante él. Su tenacidad le hacía superarlos.

No tardó en encontrarse con el reportero gráfico, pues este habíase adelantado, tan pronto Swan le dio la orden.

—¿Cómo ha ido? —preguntó el joven.

—Bien, Dennis. Ya he obtenido distintas fotografías. Lástima de mujer, era muy bella. Te acompañaré y te daré informes.

—Gracias.

—¿Cómo has venido tú?

—Lister no estaba, y Swan ha echado mano de mí. No se trata de la primera crónica de sucesos que hago. Procuraré portarme bien.

—Tengo la seguridad de ello.

Le guio hasta un aposento. Dos agentes se encontraban en la puerta, no dejando pasar a los intrusos. Dennis mostró su credencial.

—Puede pasar, pero no toque nada; está prohibido.

—Descuide, agente.

Su mirada quedó fija en el cuerpo de Minella Doody. Estaba tendida en el suelo; a su lado, una silla derribada. Sus rubios cabellos estaban en desorden, tras una breve lucha y la caída. En el pecho tenía clavado un largo estilete. La sangre formaba un pequeño charco. Vestía un traje azul, desgarrado por el hombro. El asesino debió sorprenderla al dar los últimos toques a su tocado, cuando faltaba poco para su actuación.

Sus manos estaban crispadas y su lindo rostro contraído por una expresión de horror. Se dio cuenta de la agresión y luchó desesperadamente por su vida.

Sí, Minella Doody había sido muy bella. Ni la desesperación, el horror y la muerte pudieron hacer desaparecer la armonía de sus correctas facciones. Su cuerpo, aun en aquella forzada postura, denotaba sus atractivos encantos.

Dennis permaneció un rato con los ojos fijos en la bella mujer, como si estuviese hipnotizado. Se trataba de un crimen brutal, despiadado.

—Es horrible —musitó.

Dio media vuelta y salió, seguido del reportero.

—¿Qué te ha parecido, Dennis?

—Un crimen terrible; el asesino debe pagarlo. No ignoro que Minella Doody distaba mucho de ser un ángel, pero eso no justifica su muerte.

—Soy de tu opinión.

—¿Sobre quién recaen las sospechas de la policía?

—Según he oído, sobre Ralph Mason.

—¿El hijo del millonario?

—El mismo. Estaba enamorado de Minella y le hacía valiosos regalos con frecuencia. Todo le acusa, pues se ha encontrado su encendedor en el aposento, muy cerca del cadáver.

—Eso no significa una prueba absoluta; se le pudo haber caído antes. Un objeto personal solo puede considerarse como un indicio.

—Me marcho, Dennis. Es preciso revelar las fotos.

—Gracias, hasta luego.

Por unos momentos, anduvo desorientado. No era el primer caso de sucesos a su cargo, atraque sí un asesinato. Se trataba de algo sensacional, y más refiriéndose a una mujer bella y famosa, que se encontraba en la cumbre de su carrera. Atraería la curiosidad morbosa de los lectores, ávidos de conocer los menores detalles.

Los demás periodistas iban de un lugar a otro, realizando preguntas y anotando las contestaciones. Aunque el inspector Gainer deseaba evitarlo, no podía conseguir librarse de molestos testigos, al efectuar los interrogatorios. A su alrededor se amontonaban los curiosos. A su lado estaba Nick Burton, sonriente y seguro de sí mismo, pues el inspector no ordenaría su alejamiento.

Esto era injusto, pero, nadie protestaba.

—¡Basta! —ordenó Gainer, furioso—. Así no puedo continuar.

Su mirada se fijó en un individuo alto, delgado y de elegante aspecto. Ya había pasado los cuarenta años y sus sienes estaban grises.

—¿Puedo usar su despacho, señor Landini?

—Está a su disposición, inspector. Puede hacer cuanto quiera; solo deseo que sea descubierto y detenido el asesino de Minella.

—Gracias, intentaré conseguirlo.

Y sus ojos se posaron sobre un joven. Este se encontraba sentado algo distante, teniendo delante un vaso de *whisky*. Sus facciones eran atractivas, y no contaría más de veinticinco años. Estaba pálido y sus manos temblaban ostensiblemente.

Dennis esperó a que el inspector se instalase en el despacho del dueño. Conocía a Jim Landini, y no le inspiraba la menor simpatía. Se trataba de un individuo ambicioso y sin escrúpulos, capaz de cometer las mayores felonías. Había conseguido ser dueño de aquel lujoso salón, colocándose en

una ventajosa posición.

Se dirigió hacia la mesa ocupada por Ralph Mason, y se sentó frente a él. El joven le miró, sorprendido. Después masculló:

—¿Usted también desea atormentarme?

—No es ese mi propósito.

—¿Usted es periodista?

—Sí.

—Yo no he matado a Minella Doody. Ya puede marcharse.

Dennis movió la cabeza con lentitud.

—No se irrite, Mason. Le conviene no hacerlo, pues las sospechas recaen sobre usted. Esa actitud le atraerá resultados contraproducentes.

—Me es indiferente —repuso Ralph con acritud.

—No sea chiquillo —le amonestó Dennis con dureza.

—¿Cómo se atreve…?

El joven levantó la mano. Este gesto imperioso detuvo a Ralph Mason, pasándose la mano por la mejilla. Después bebió un trago de *whisky*. Dennis le cogió el vaso, retirándolo al extremo de la mesa.

—No le conviene continuar bebiendo. Se excitará más, y perderá el dominio de sus nervios.

—Ese imbécil de inspector sospecha de mí.

—Usted tiene tanta culpa como él. Seguramente sus respuestas han sido hechas con altanería. No, no debe ser esa su conducta. Ha de limitarse a contestar con calma, sin alteraciones. Muchos inocentes, por responder airados, se han sentado en la silla eléctrica.

Ralph Mason se estremeció.

—Yo no he matado a Minella.

—No basta con ser inocente, es preciso demostrarlo.

—¿Por qué se toma tanto interés por mí?

—Me llamo Dennis Harvey, y soy amigo de su padre. En cierta ocasión me hizo un gran favor. Aunque así no fuese, le aprecio.

—Siempre mi padre. Su prestigio me protege.

—Conozco bastantes cosas sobre usted, Mason. ¿Continuaban sus relaciones con Minella Doody?

—No, había terminado con ella… —se interrumpió, mirando a su interlocutor con desconfianza—. No seguiré hablando, déjeme tranquilo. Usted no sabe nada.

—Se olvida de que soy periodista. Tenemos fama de resultar algo entrometidos, y es cierto, se trata de nuestra profesión. Por ello nos vemos obligados a indagar en las vidas ajenas. ¿Por qué terminó con Minella?

—Para mí solo fue una alucinación, subyugándome su belleza. Pero Minella no era buena, y me he dado cuenta de ello. Ahora estoy enamorado de una muchacha, a la que quiero y con la que me casaré.

—¿A qué obedece su presencia esta noche en el «Green Deer»?

—Minella me envió una nota, diciendo que deseaba hablarme.

En las pupilas de Ralph Mason apareció un destello de desconfianza. Sus dedos se crisparon en la mesa. Dennis se inclinó hacia él, pero se estremeció y se enderezó. Junto a él vio a Nick Burton.

—¿Conocía a Ralph Mason, Harvey?

—Sí —mintió el joven con desfachatez.

Ralph levantó la cabeza, desconcertado. Fue a protestar pero no lo hizo. Algo le indujo a callar.

—Hasta la vista, Ralph —se despidió Dennis, levantándose.

El joven millonario no respondió, impresionado por la desfachatez del periodista. Burton le observó durante un momento, después siguió a Dennis.

—Nunca hubiese creído a Ralph Mason capaz de matar a Minella Doody, y menos de una forma tan brutal.

—¿Le cree usted culpable?

—Sin ninguna duda. El inspector Gainer no tardará en detenerlo.

—¿Y si fuese inocente?

—¡Vamos, Harvey! —exclamó Burton, echándose a reír—. Se nota que es novato en estas lides. De ser un suceso deportivo, ya habría olfateado el vencedor. ¿No es así?

—No creo en la culpabilidad de ese muchacho.

—Le he adelantado la noticia, por no existir la menor duda. Todo está claro. Es un caso vulgar por completo, aunque será interesante por la identidad de los protagonistas. Un crimen pasional y brutal en un lujoso escenario.

—¿No se equivoca el inspector Gainer?

—¿Equivocarse? No, no, es perro viejo en el oficio. Huele al culpable y enseguida se fijó en Mason. Encontrar su encendedor en el aposento ha sido la prueba definitiva.

—Alguien pudo haberlo dejado.

—No sea melodramático, Harvey; eso solo ocurre en las novelas policíacas. La realidad es muy distinta. Todos los crímenes tienen un asesino definido, y los motivos son muy claros.

—Si el inspector Gainer sostiene esa creencia…

—No se equivoca, puede convencerse de ello. Un caso fácil. No deberá preocuparse en escribir los artículos.

Dennis procuraba no dejar entrever el disgusto que le producía la charla de su interlocutor. Este era odioso, y más al envolverse en aquel aire de superioridad. No le convenía indignarse, él debía dar ejemplo, pues aconsejó a Ralph Mason que conservara la calma. Esta era la mejor forma de luchar.

Sonriendo con superioridad, Nick Burton se alejó.

El joven permaneció pensativo. El inspector Gainer ya había decidido

detener a Ralph Mason, bajo la acusación de ser el asesino. No le sorprendía, pues lo intuyó tan pronto le oyó hablar.

Tal como acababa de decir Burton, el inspector sospechó inmediatamente de Mason al descubrir el encendedor del joven en el aposento y enterarse de sus relaciones con la artista. Para él ya no podía existir otro sospechoso.

Hizo algunas anotaciones en un cuaderno, lo guardó en un bolsillo y se acercó a Jim Landini. Este jugueteaba con la cadena de un llavero, nerviosamente.

—¿Preocupado, Landini?

—Sí. Y creo tener motivo para ello. En mi local ha habido un crimen, y la víctima es mi estrella. No es para alegrarse precisamente.

—No, desde luego. Al parecer, el inspector ya ha descubierto al asesino.

—Sí, se trata de un caso claro. No existe el menor misterio. Ese muchacho es muy exaltado.

—¿Usted también cree en la culpabilidad de Ralph Mason?

—Naturalmente. ¿Usted no?

—Sí, sí —asintió ambiguamente.

—Venga al mostrador, tomaremos un trago. No se preocupe, la casa paga.

—Es usted muy amable.

—Siempre le he admirado, Harvey. Es usted el mejor periodista deportivo de la ciudad. Y serlo de Nueva York, casi equivale a decir de la nación.

Dennis disimuló el mal efecto producido por los elogios de Jim Landini. No los creía sinceros, pues entre ellos nunca hubo la menor simpatía. En distintas ocasiones en las que se encontraron, se limitaron a cruzar unas palabras o un saludo. Ambos eran muy diferentes e instintivamente se aborrecían.

—¿Whisky?

—Sí, gracias.

—Pues no existe la menor duda sobre la culpabilidad de Ralph Mason. Es una lástima en un muchacho tan joven y con tan elevada posición, pero es así. Estaba enloquecido por la belleza de Minella, y cuando esta quiso dar por terminadas sus relaciones, perdió el dominio de sus actos y la mató.

—Tenía entendido que hacía varios días que Ralph Mason no venía al «Green Deer».

Por un instante, Jim Landini pareció desconcertado. Reaccionó y sonrió.

—Es probable, no puedo afirmarlo. Esto lo demuestra con mayor fuerza; estuvo preparando su venganza. Los asesinos siempre cometen un error imperdonable. A Mason se le cayó el encendedor, algo trivial, pero decisivo.

—¿Tanta importancia tiene el haber encontrado su encendedor en el aposento de Minella?

—Naturalmente. Indica que ha estado allí.

—Yo puedo haber estado en muchos sitios, y no haber matado a nadie.

Landini se echó a reír, como si le hiciera gracia lo dicho por su interlocutor. Poco a poco se fue poniendo serio, mirando al joven. Este ni siquiera había llegado a sonreír.

—Por lo visto, usted no cree en la culpabilidad de Ralph Mason.

—No. Encuentro ese caso bastante confuso.

—Se nota que no es esta su verdadera especialidad, Harvey. En deportes es usted casi infalible, pero en cuestión de crímenes es un neófito.

—Es posible —se limitó a responder con frialdad.

Landini volvía a sonreír.

—Cada uno puede tener su opinión. Por eso no discutiremos. En realidad, a mí me es indiferente quién sea el asesino; lo único que deseo es su detención. Minella era una gran muchacha, una mujer de corazón de oro y una estrella incomparable. Me costará trabajo encontrar una sustituta adecuada.

Dennis terminó de beberse el *whisky* y se despidió de Landini, volviendo a agradecerle la invitación.

Hizo algunas indagaciones, tomando apuntes. Estos carecían de importancia, siendo tan solo direcciones y datos. Poseía una memoria privilegiada, fiándose de ella para retener cualquier nombre o hecho.

Dejar escritas cosas importantes equivalía a un error. Podía perder el cuaderno y ser leído por alguien. Él tenía su método y jamás se apartaba de él.

CAPÍTULO III

El inspector Gainer anduvo por la pista. Todas las miradas estaban fijas en él. Su actitud era teatral, como si tratase de impresionar a cuantos se encontraban en el «Green Deer».

Estaba haciendo una espectacular exhibición, sintiéndose orgulloso de sí mismo. El asunto era muy fácil, y tenía todos los triunfos en su poder. Ni los millones de Mason podrían evitar que su hijo fuese sentado en la silla eléctrica.

—Este caso puede darse por terminado, señores. Ustedes quedarán libres, aunque sin poder salir de la ciudad —se dirigía a siete personas, todas ellas sospechosas.

Entre estas estaban Ralph Mason y Jim Landini.

—Su presencia puede ser necesaria en cualquier momento para prestar declaración. Es conveniente conocer su paradero, con más o menos exactitud. De no ser así, las consecuencias pueden ser desagradables para ustedes. ¿Me han comprendido?

Varios se apresuraron a asentir. Ralph Mason continuaba sentado, pareciendo estar abstraído en sus pensamientos, sin prestar atención a lo dicho por el inspector.

—¿Podemos marcharnos, inspector Gainer? —preguntó Landini.

—Sí, pueden retirarse todos… —aquí Gainer hizo una pausa, irguiendo la cabeza y ensanchando su pecho— menos Ralph Mason.

Y su índice señaló al joven.

El momento fue dramático, y todas las miradas se fijaron en él. Mason palideció, aunque su cuerpo no dio la impresión de sobresaltarse. Probablemente, esperaba la acusación.

—¿Por qué no puedo marcharme, inspector Gainer? —preguntó con voz sorprendentemente firme.

—Queda usted detenido, acusado de haber asesinado a Minella Doody.

—Yo no he matado a Minella.

—Eso tendrá que demostrarlo.

—Estos señores están en el mismo caso. ¿Por qué no los detiene?

—No. Es muy distinto. No le permito objeciones. Debe limitarse a nombrar un abogado.

Ralph Mason se levantó. Por un instante, pareció dispuesto a responder airado, pero se contuvo y se encogió de hombros.

—Como usted quiera, inspector. La responsabilidad será suya.

—Conozco mi deber —replicó Gainer con altivez.

Dennis le miraba con fijeza. Sentíase indignado por tanta fatuidad.

Aquel individuo estaba gozando de su triunfo. Algunos periodistas le rodearon, y él siguió hablando con elocuencia y acompañándose con gestos ampulosos.

Dennis no se acercó. Oía al inspector, y le disgustaba. Aquel alarde de suficiencia era innecesario, aun en el caso de ser cierta la culpabilidad de Ralph Mason. Y esta distaba mucho de haber quedado demostrada.

—¿Se ha dado cuenta, Harvey?

El joven vio a su lado a Landini. También aquel tahúr sonreía ampliamente. Contuvo su indignación y el deseo de golpearle, respondiendo con frialdad:

—El inspector Gainer puede luego arrepentirse de cuanto está haciendo.

La cara de Jim Landini expresó una infinita sorpresa.

—¿Todavía no se ha convencido de la culpabilidad de Mason?

—No.

—Es usted muy obstinado.

—Es mi carácter, Landini. Tan solo pruebas concluyentes me convencen. Entonces no vacilo en reconocer mi error.

Y salió del «Green Deer».

El aire fresco de la noche le sentó bien, aunque sentía en su boca un sabor amargo. Si cuando terminó su reseña de la reunión de boxeo notó la presencia del sueño, este había sido ahuyentado por completo.

Regresó a la Redacción y durante una hora estuvo aporreando en su máquina con furor. Fumaba sin cesar. Cuando terminó, tras haber efectuado algunas correcciones, volvió a leer su artículo, quedando complacido.

Se dirigió al despacho de Swan y llamó con suavidad.

—Adelante.

El joven dejó los papeles sobre la mesa. Se sentó, limitándose a decir:

—Lea.

Durante unos minutos, Zachary Swan estuvo leyendo. El joven notaba cómo cada vez se mostraba más interesado. Cuando terminó, levantó la cabeza y le miró fijamente.

—Esto es muy fuerte, Dennis.

—Así lo creo —asintió el joven con indiferencia.

—El inspector Gainer se enfurecerá cuando lea estas líneas.

—Lo supongo.

El veterano periodista se pasó la mano por la cara, la detuvo en la barbilla y apretó. Se trataba da un gesto peculiar cuando se encontraba en una situación embarazosa.

—Si no quiere, no lo publique. Aunque yo me apartaré de este asunto. Cualquiera puede hacer un artículo. Le daré los informes.

—Poco a poco, Dennis, no te sulfures. Aquí quien tiene derecho a gritar soy yo —y dio un puñetazo sobre la mesa—. ¿Me has entendido?

—Perfectamente, Swan —respondió Dennis sin inmutarse—. Los dos nos hemos entendido. No me he alterado en absoluto; el único que ha gritado es usted.

—Me has exasperado con tu forma de hablar. Nunca he tenido miedo de nada ni de nadie, cuando la razón está de mi parte.

—Tengo la completa seguridad de la inocencia de Ralph Mason.

—¿Y pruebas?

—No; pero las encontraré.

—¿Cuántos diarios opinarán lo mismo que el nuestro?

—Probablemente, ninguno.

—Seremos los únicos en exponer la inocencia de Mason. Si no es así, correremos un espantoso ridículo.

—Seré yo, Swan.

—¿Tú solo? ¿Acaso yo no doy mi visto bueno a tu opinión? Es todo el diario, no se te olvide.

—Déjelo.

—¿No estarás equivocado y el inspector Gainer tendrá razón?

—Me apostaría la paga de un mes.

—Esa contestación me ha convencido, Dennis. Siempre acostumbras a ganar las apuestas. Nos arriesgaremos.



Jane reaccionó con violencia...

El rostro de Dennis continuó impasible. Swan le miraba y masculló:

—¡Maldito seas! Te sales con la tuya y parece no alegrarte. Me exasperas.

—¿Por qué voy a alegrarme? Ya estaba convencido de la publicación de mi artículo.

—¿Sí?

—Usted y yo somos de la misma escuela, amantes de la sinceridad y dispuestos a correr todos los riesgos por una causa justa.

—Dennis, abusas de mi paciencia. Algún día, esta se acabará y te arrojaré a patadas de mi despacho.

—Soy más fuerte que usted —respondió el joven, riendo.

Una mueca contrajo la cara del escocés. Después soltó una carcajada y ofreció un cigarro a Dennis.

—Ahora acuéstate, muchacho. Mañana tendrás un día muy ajetreado. Y yo también. Encontraremos muchas oposiciones.

—Buenos días, Swan.

Dennis salió de la Redacción. Ni por un solo instante dudó de la aceptación de su jefe. Le conocía muy bien. Aquel viejo luchador, tan pronto hubo leído su artículo, tuvo la certeza de que no se equivocaría si decidía publicarlo. Cuantas palabras se cambiaron entre ellos fueron puro trámite.

Cuando se despertó, se apresuró a vestirse. Apenas lo hubo hecho, sonó el teléfono.

—¡Hola, Jack! —exclamó, al reconocer la voz de su amigo—. Dentro de diez minutos estaré contigo.

—Has escrito un artículo sensacional. Ha levantado una gran polvareda. Posiblemente te atacarán con fuerza, muchacho.

—Ya lo espero, Jack. Después hablaremos.

Se encontraron en el restaurante. El camarero les sirvió, mirando al joven con admiración.

—Dennis, ha sido un gran artículo.

—Ya era de esperar la victoria de Joe Laski.

—No me refería a eso, sino a su seguridad en la inocencia de Ralph Mason.

—Gracias, Jimmy.

—Eso es una pequeña muestra —comentó Jack al alejarse el camarero.

—Lo suponía —asintió Dennis—. Swan también tiene la misma opinión; si fracaso no volveré a escribir.

—Estoy dispuesto a ayudarte.

—Acepto tu ayuda, Jack. Puedes dejar cuanto tengas entre manos. Llamaré a Swan y accederá. Se trata de un caso difícil.

—No importa, procuraré serte útil.

Al terminar de comer, Dennis dio instrucciones a su amigo.

—A las cinco te espero aquí. Iremos a ver a Antonio…

—De acuerdo.

Salieron a la calle. Un hombre se les acercó, dirigiéndose a Dennis:

—El señor Mason desea hablarle.

El joven cambió una mirada de inteligencia con Jack, y después hizo un ademán de despedida. Su amigo se alejó.

—¿Dónde está el señor Mason?

El hombre indicó un suntuoso automóvil.

Se dirigid a él con rápidas zancadas, no queriendo hacer esperar a aquel hombre. En el interior del coche estaba el millonario. Su aspecto denotaba cuánto era su abatimiento. Se apresuró a extender su mano, que Dennis estrechó con fuerza.

—¡Hola, Dennis!

—¿Cómo se encuentra, señor Mason?

—Mal, francamente mal. Lo ocurrido ha sido un duro golpe para mí.

—Lo comprendo.

—¿Dónde quieres ir?

—A entrevistarme con su abogado.

—Lo esperaba, muchacho, y te lo agradezco —dio una dirección al individuo que salió al encuentro de Dennis, el cual se apresuró a poner el coche en marcha—. Sabía dónde encontrarte.

—No me ha sorprendido su presencia. Me ha ahorrado ir a verle.

—Eres el único que cree en la inocencia de Ralph. Los demás periodistas afirman estar de acuerdo con la opinión del inspector Gainer. ¿Es cierto o lo has dicho por estarme agradecido?

Dennis levantó la cabeza, mirando con dureza al millonario.

—Señor Mason, soy honrado en mi profesión, y en ella no entra el sentimentalismo. Si he afirmado creer en la inocencia de su hijo, es porque es cierto. Ni por agradecimiento podría desvirtuar la acción de la justicia.

Los dedos del millonario aferraron el brazo del joven.

—Me alegra oírtelo decir, Dennis. Yo también creo en la inocencia de Ralph, pero tu opinión me fortalece.

—¿Por qué está seguro de que no es culpable?

—Ralph es un buen muchacho, aunque ya llevaba unos meses abandonando el trabajo y haciendo una vida muy opuesta a la acostumbrada. Me había enterado de sus relaciones con Minella Doody, haciéndole valiosos regalos. Pero estaba convencido de que sería solo una locura de juventud.

—¿Y fue así?

—Sí. Ralph quedó hastiado, al conocer bien a esa artista, rompiendo sus relaciones con ella.

—¿Está usted seguro?

—Sí.

—¿Tiene pruebas?

—No.

—Eso es lo malo; se necesitan pruebas. Todo lo demás es inútil.

—Ralph ha conocido a una muchacha excelente, aunque de condición humilde. Trabaja en unos grandes almacenes, y deseaba presentármela, aunque temía mi negativa.

—¿Usted conoce a esa muchacha?

—Personalmente, no. Aunque tengo inmejorables informes de ella y deseaba verla. Desde luego, habría dado mi conformidad. Tú me conoces, Dennis.

—Sí, señor Mason.

—Por eso Ralph no puede haber matado a Minella Doody.

—Deme la dirección de la novia del muchacho.

—Se llama Helen Maunder —consultó una agenda y dio las señas de la joven, así como el nombre de los almacenes donde trabajaba.

El coche se detuvo ante un rascacielos. El millonario señaló hacia lo alto.

—Ahí está el despacho de William Baster, mi abogado.

—Lo conozco —sorprendió una mirada de admiración de Mason, y agregó—: En mi profesión trato con mucha gente.

Baster se apresuró a salir al encuentro del millonario, estrechándole la mano.

—Le presento a Dennis Harvey.

Tras unos gruesos cristales, los ojos del abogado examinaron al joven. Se trataba de un hombre de unos cincuenta años, mediana estatura, algo obeso. Vestía con elegancia, y sus gestos eran moderados. Apretó con fuerza la mano del joven.

—Deseaba conocerle, Dennis. He leído su artículo, y admiro su valentía. Se opone a la opinión del inspector Gainer y a las de sus colegas.

—Acostumbro a indicar mi creencia, aunque me exponga a incurrir en un error. Desearía visitar cuanto antes a Ralph Mason. Yendo con usted, no encontraré obstáculo.

—Desde luego, iremos inmediatamente… ¿Desea algo más, Mason?

—Nada, Baster. Solo he venido a presentarle a Harvey. Desde hace años, tengo una gran amistad con él.

El rostro del abogado cambió y una expresión de dureza apareció en él. Sus ojos examinaron al joven, aunque de forma muy distinta.

—¿Su opinión se debe a la amistad con el señor Mason? —inquirió.

—No, en absoluto. De no haber conocido al padre de Ralph, mi artículo habría sido el mismo. Tengo algunos indicios elocuentes, y perdone que no se los diga.

—Eso es distinto —dijo Baster, desarrugando el ceño.

—No pierdan tiempo —intervino el millonario.

Y les empujó hacia la puerta. Los dos hombres sonrieron. Mason respiró, aliviado, comprendiendo que la suerte de su hijo estaba en buenas manos.

Dennis no encontró dificultades, por ir acompañado del abogado, no tardando en estar en presencia de Ralph Mason.

El joven sonrió al verle.

—Me alegra su visita, Harvey. Le estoy agradecido, por ser el único que confía en mi inocencia.

—¿Estoy equivocado?

—No, yo no maté a Minella Doody. Ni siquiera estuve en su aposento, solo la vi poco antes.

—¿Continuaba queriendo a Minella?

—No.

—Dígame la verdad, no trate de engañarme. Si lo hiciera no ganaríamos nada, al contrario, favorecería al inspector Gainer.

—Le estoy diciendo la verdad, Harvey. No tengo motivos para engañarle. Ninguna mentira existe en mi declaración a la policía.

William Baster permanecía silencioso, escuchando cuanto hablaban, sin intervenir. En su interior había aceptado la superioridad e iniciativa de Harvey en aquel asunto. Sin hacerle ninguna pregunta, le ayudaría. Confiaba en él para salvar la vida y el honor del hijo de su cliente.

—Tengo entendido que hacía más de dos semanas que no iba por el «Green Deer». ¿Por qué lo hizo aquella noche?

—Minella me había enviado una nota, en la que me ordenaba fuera al «dancing». Quería hablar conmigo.

—¿Le ordenaba? Eso suena a amenaza.

—Así es. Quería obligarme a entregarle doscientos mil dólares.

Dennis Harvey dejó escapar un tenue silbido.

—¿Doscientos mil dólares? Es una importante cantidad.

—Sí, y no estaba dispuesto a dársela. Ni siquiera un solo centavo. No temía a esa mujer.

—¿Bajo qué amenaza le exigía esa cantidad?

—Tuve la torpeza de escribirle algunas cartas al principio de conocerla. Me obligaría a casarme con ella, pues se lo prometía.

—¿Legalmente, podría exigirlo?

—No. Estoy convencido de que no eran pruebas suficientes para obligarme a casarme. Ella lo intentaba para que le entregase dinero, por temor a que se enterase mi padre. Pero ya tenía decidido contárselo todo a papá. Siempre me he entendido bien con él, exceptuando estos últimos meses. Eso me hacía mostrarme firme.

—¿Tiene la nota enviada por Minella?

—No, la guardaba en el bolsillo y me ha desaparecido.

—Lo suponía. Igual le sucedió a su encendedor.

—Así es —respondió Ralph con viveza—. Yo no estuve en el aposento de Minella, por lo que no pude perderlo allí.

—Eso deseaba el asesino. Su negativa de haber estado allí y la presencia de su encendedor, aún le harían más sospechoso. Explíqueme algo de su novia.

Los ojos de Ralph parpadearon. Estaban fijos en Dennis.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Soy periodista, y por tanto, muy entrometido.

—¡Al diablo con su profesión! —exclamó el joven con energía—. ¿Cómo lo ha descubierto? ¿Quién se lo ha dicho?

—Eso no es ningún secreto. Me lo ha dicho su padre.

—¿Mi padre? ¿Estaba enterado?

—Sí, y desea conocer a Helen Maunder cuanto antes. Su padre estaba intranquilo por usted, debido a sus relaciones con Minella. Se tranquilizó cuando conoció sus relaciones con Helen.

En los ojos de Ralph se divisaba una gran alegría, pero esta se fue extinguiendo, siendo remplazada por la desesperación.

—Sálveme, Harvey, sálveme. Soy inocente y no quiero perecer en la silla eléctrica.

—Entre el señor Baster y yo lo intentaremos. Debe tener confianza —respondió Dennis, sonriendo.

—Ya lo has oído, Ralph —dijo a su vez el abogado, con tono animoso—. Haremos todos lo posible. Yo también confío en Dennis Harvey.

Dennis quedó confuso; ahora comprendía la carga echada sobre sus hombros. Apretó los dientes, afirmándose su decisión de llegar hasta el fin de aquel endiablado asunto.

CAPÍTULO IV

—¿Haría el favor de indicarme dónde se encuentra la señorita Maunder? —preguntó Dennis a un empleado.

Este le miró con evidente desconfianza. El joven sonrió.

—Se trata de un asunto familiar, amigo.

El hombre indicó:

—Vaya contando los puestos; es el número siete. No puede perderse.

Dennis avanzó, algo cohibido. Se encontraba en una amplia sala, en la que habían muchos puestos. Estos estaban lujosamente instalados y en todos ellos se vendían prendas femeninas. Se sentía desplazado. Su presencia desentonaba horriblemente, viéndose rodeado de numerosas mujeres. Las miradas se posaban sobre él, burlonas.

No obstante, continuó, decidido. No tardó en detenerse ante el puesto indicado por el empleado. Se encontró bajo la inquisitiva mirada de unos ojos verdes, sin duda los más bonitos admirados por él. El conjunto de la joven le satisfizo por completo. Sus facciones eran bellas y completaban un armonioso conjunto. Su cuerpo juvenil resultaba atractivo, denotando la firmeza de sus curvas.

—¿Desea algo, señor? —preguntó con tono ligeramente burlón.

—Sí, hablar con usted.

Los ojos verdes casi quedaron cubiertos por los párpados, mientras los rojos y firmes labios formaron un mohín de desagrado.

La joven estaba muy bella y Dennis se confesó que Ralph Mason tenía buen gusto. Se notó embarazado, invadido por un malestar desconocido en él.

—Haga el favor, señor. No estamos aquí para distraer al público —respondió la joven, despectiva.

—Usted se ha equivocado; me ha confundido con un galanteador.

No obtuvo respuesta. Ella fingió estar arreglando unas prendas.

—¿No me ha oído? —preguntó Dennis, levemente irritado.

—Sí, perfectamente. Avisaré al encargado y le obligará a marcharse. No debe continuar molestándome.

—No es mi propósito molestarla, señorita Maunder.

De nuevo los ojos verdes se fijaron en él, haciéndole estremecer.

—¿Cómo ha dicho usted? —preguntó con voz ligeramente alterada.

—Señorita Maunder. Helen Maunder, ¿no es ese su nombre?

—No, yo no soy Helen. Se ha equivocado, señor.

Dennis sintióse invadido de una intensa alegría. Sin poder contenerse, dijo:

—No puede imaginarse cuánto me alegro por ello, señorita.

—¿Cómo ha dicho usted? —inquirió ella, sorprendida.

Recobró el dominio de sí mismo.

—Perdone. El empleado ha debido equivocarse. Me indicó este puesto, afirmando estaría aquí la señorita Maunder.

—No se ha equivocado. Helen no ha venido hoy, pues se encuentra indispuesta. Ocupo su lugar.

—¿Es usted amiga de ella?

—Sí, vivimos en la misma casa.

—Feliz coincidencia —afirmó Dennis—. ¿A qué hora irá a su casa?

—Saldré a las siete.

El joven echó una rápida mirada a su reloj.

—La esperaré fuera. ¿Tendrá inconveniente en acompañarme?

—No, no —respondió ella, tras titubear.

—A las siete, seré puntual.

Hizo un ademán de despedida y se alejó. La joven le siguió con la mirada, pero se estremeció al oír una voz:

—¿Quién es, Jane?

—No lo sé, Margaret. Preguntaba por Helen.

Su compañera dejó escapar un profundo suspiro.

—Un tipo muy atractivo y parece simpático. ¿No lo crees?

—Es posible. Me ha parecido un poco raro e impertinente.

—Eres muy exigente, Jane.

El empleado se acercó a Dennis.

—Perdone, señor. Se me olvidó decirle que la señorita Maunder no ha venido hoy.

—Ya lo he comprobado, amigo. No se preocupe, no ha tenido importancia.

En realidad, Dennis bendecía el error del empleado, pues le permitió conocer a la deliciosa amiga de Helen…

Realizó algunas gestiones, y a las cinco se encontró con Jack.

—¿Todo ha ido bien?

—Sí.

Y Neil le informó del resultado de sus pesquisas. El joven sonrió, dando una palmada en la espalda de su amigo.

No tardaron en encontrarse frente a la humilde casa. Cuando entraban en la escalera, aparecía ya Tonio. El muchacho sonreía.

—¿Cómo está la señora Friend?

—Muy mejorada, Dennis. Las medicinas no tardarán en ponerla bien por completo, gracias a ustedes. No sé cómo agradecérselo. Las he visto llegar y me he apresurado a recibirles. Hoy le encuentro más elegante, Jack.

Este se irguió, contento por la lisonja del muchacho. Dennis sonrió.

Tonio intentaba corregir su error de la noche antes, tratando de conseguir el afecto de Jack.

Mickey les recibió con una radiante sonrisa. La señora Friend se encontraba muy mejorada, no siendo una ilusión de los muchachos. El efecto de las medicinas fue inmediato.

—Tiene muy buen aspecto, señora Friend.

—Sí, no tardaré en levantarme. Son ustedes muy buenos.

—¿Nosotros?

—Sí, me he enterado de la verdad. Deben perdonar a Tonio. Nunca debió hacer una cosa semejante.

—Descanse y no se excite, señora Friend —dijo Dennis, saliendo de la habitación, emocionado.

Jack habíase limitado a sonreír.

Se sentaron en el pequeño comedor. Harvey entregó una tarjeta a Mickey.

—Cuando tu madre se levante, irás a esta dirección. Trabajarás en esa casa, pero como no me informen de tu buena conducta, te enfrentarás conmigo. ¿Me has entendido?

—Sí.

—A ti te daré otra tarjeta, pero será dentro de unos días. Antes quiero tu ayuda.

—¿Qué debo hacer? —preguntó Tonio, impulsivo.

—Se trata de una misión algo delicada, en la que se necesita mucha habilidad.

—La tendré.

—¡Hum! Eso ya lo veremos.

—No me considero tonto, Dennis, y me creo discreto.

—Tendrás ocasión de demostrarlo, chico. Debes seguir a un hombre llamado Jim Landini, sin que se dé cuenta. Necesito saber a dónde va y con quién habla. Es listo y puede darse cuenta de que le sigues. Si esto ocurre, las consecuencias no serán muy agradables para ti.

—No tengo miedo.

—No se trata de valor, sino de astucia. Jim Landini es el dueño de un club nocturno llamado «Green Deer».

—Sé dónde se encuentra.

—Es un hombre alto, elegante, con algunas canas en las sienes. Te doy su dirección, pero una vez te la hayas aprendido de memoria, rompe ese papel. Si descubres algo importante, lo escribes en una hoja, lo metes en un sobre y lo dejas en la Redacción. ¿De acuerdo?

—Sí, Dennis —asintió el muchacho, con los ojos brillantes por el entusiasmo.

—¿Yo qué haré? —preguntó Mickey.

—Tú, nada. Debes permanecer al lado de tu madre; ella te necesita.

El pecoso muchacho ya no respondió, comprendiendo la razón de las palabras del joven. Su puesto estaba junto a la enferma, atendiéndola. Cuando se encontrase bien, quizá pudiera ayudar a Dennis Harvey.

—¿Necesitas dinero, Mickey?

—Todavía me queda.

—Toma cinco dólares, Tonio —el muchacho fue a protestar, pero Dennis agregó—: Puedes necesitarlo cuando vayas tras Jim Landini.

Se despidieron, y cada uno se dirigió a cumplir su misión. Dennis estuvo en varios lugares, haciendo averiguaciones, sobre todo en cuanto se refería a la vida privada de Minella Doody. Poseía una extraordinaria habilidad, debido a su experiencia de periodista, averiguando cosas interesantes.

Miró su reloj, y vio que faltaban doce minutos para las siete. Tenía tiempo sobrado para llegar al almacén donde trabajaba Jane y esperar su salida. Iba a subir en su coche, cuando oyó su nombre.

Antes de volverse ya sabía quién era el dueño de la voz.

—¿Qué desea, inspector Gainer?

—¿Cómo se atreve a contradecir mi opinión, Harvey? —preguntó a su vez el policía con dureza.

—Tango la seguridad de la inocencia de Ralph Masón.

—¿Se ha vuelto loco? Está haciendo el ridículo. Todo Nueva York se ríe de usted.

—Eso ya lo veremos. Su posición no será muy agradable, si logro mi propósito.

—Conozco el motivo de su defensa de Ralph Mason.

—¿De veras?

—Sí. El padre de ese joven ayudó al suyo, cuando se encontraba en una apurada situación. Ambos oran amigos. El agradecimiento es una virtud, pero llevada a ese extremo se convierte en delito. Tenga cuidado.

Dennis miró con fijeza al inspector. El rostro redondo y de dura expresión de este le era odioso. Tras Gainer había un agente.

—Conozco cuál es mi deber, inspector. Estamos en un país libre, y se puede expresar nuestra opinión.

—Pero no tratar de oponer deliberadamente obstáculos a la Ley.

—Habla usted mucho, Gainer —dijo Dennis con frialdad.

La cara del inspector enrojeció.

—Es usted un impertinente. Ni siquiera es periodista de sucesos, y su periódico lamentará haber aprobado la publicación de sus artículos.

—Al parecer, tiene usted un gran interés en demostrar la culpabilidad de Ralph Mason.

—¡Entrometido periodista! —masculló Gainer, furioso—. Mi deber es descubrir al asesino, y este es Ralph Mason.

—Perdone, inspector. Debo marcharme, a las siete me esperan.

Y sin aguardar contestación, entró en el coche, arrancando, sin tomarse

la molestia de despedirse de los policías. El inspector Gainer se quedó inmóvil, desconcertado y enfurecido por la brusca despedida.

—¡Insolente!

El agente se mordió los labios para no sonreír, complacido ante la humillación recibida por su jefe. Estaba harto de soportar las duras reprimendas de este, la mayoría injustificadas.

Dennis no estaba arrepentido de haber contestado a Gainer abiertamente, demostrando no temerle. Además, sintióse indignado por su acusación, afirmando que defendía a Ralph por agradecimiento, pero sin creer en su inocencia.

Estaba muy agradecido al padre del muchacho, pues ayudó al suyo, prestándole cierta cantidad al encontrarse en apurada situación. En cuanto le fue posible, su progenitor le devolvió el dinero. Mason les visitaba con cierta frecuencia, pues ambos estaban ligados por una vieja amistad. Cuando falleció su padre, el millonario asistió al entierro, ofreciéndole su ayuda; pero Dennis se la agradeció y no la aceptó.

Esto demostraba una cosa: que el inspector Gainer indagó acerca de él, enterándose de lo ocurrido hacía muchos años. El antagonismo mostrado por el policía no se debía a un arrebato de furor, sino a un sentimiento frío y despiadado. Aquel hombre trataría de desacreditarle por completo, en el caso de no quedar demostrada la inocencia de Ralph Mason.

Se encogió de hombros. Solo se trataba de un obstáculo más a salvar. Con descubrir la identidad del asesino de Minella Doody, todo quedaría solucionado.

No pudo menos de sonreír al formularse este pensamiento, y por la sencillez con que lo hizo. Al parecer, todo resultaría fácil. Y no era así ni mucho menos.

Había ojeado casi todos los periódicos de la ciudad, siendo el suyo el único que sostenía la inocencia de Ralph Mason, acusando al inspector Gainer de abuso de autoridad, al ordenar la detención del joven. El hecho de haber sido encontrado el encendedor de este en el aposento de la artista, no bastaba para encerrarle como presunto asesino.

La venta de su periódico aumentaría, y la gente se inclinaría hacia su lado, interesada por la audaz defensa de Ralph Mason.

Miró su reloj, comprobando que faltaba apenas un minuto para las siete. De ninguna forma deseaba llegar tarde, pues se exponía a no encontrar a la bella joven de los ojos verdes. Conforme transcurrían los segundos, su excitación aumentaba, deseando volver a ver a la dependienta.

No podía explicarse su estado de ánimo, así como su alegría al cerciorarse de que no era Helen Maunder, la prometida de Ralph Mason.

Detuvo el coche y saltó a la acera precipitadamente. Acababa de ver su esbelta y atractiva figura. La joven permanecía inmóvil, y su actitud denotaba indecisión. Se dirigió hacia ella.

—Perdone mi tardanza; me ha sido imposible llegar antes.

—Tan solo pasan dos minutos de las siete.

—Y ya se disponía a marcharse. ¿No es cierto?

—Sí.

—Debía haberme otorgado un margen mayor de confianza, señorita…

—Clayton. Jane Clayton.

Y la joven echó a andar. Dennis señaló su coche.

—Si no le importa… llegaremos antes.

—No, no.

El joven arrancó, sin esperar la menor indicación de su acompañante. Jane le miró. Hasta aquel momento no lo había hecho abiertamente.

—¿Conoce usted la dirección de mi amiga?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué me ha esperado?

—Prefiero su compañía —vio cómo la joven hacía un gesto agresivo, apresurándose a decir—: Su presencia facilitará la entrevista, Jane.

—Es usted muy atrevido, señor.

Dennis fingió no haberla oído.

—¿Es grave la indisposición de Helen Maunder?

—No. Probablemente mañana ya irá a trabajar.

—Lo comprendo.

Jane sentíase indignada por la conducta del desconocido y la seguridad mostrada en sí mismo. Parecía estar convencido de encontrarla esperándole, y de que sentíase complacida en su compañía. Era un presuntuoso, al llamarla familiarmente por su nombre.

Iba a hablarle, airada, cuando Dennis se volvió hacia ella sonriendo.

—No debe enfadarse conmigo, Jane. Mi intención no ha sido molestarla.

Ella quedó desconcertada.

—No estoy enfadada.

—Me alegra mucho oírselo decir.

—Aunque su comportamiento no es correcto. Ni siquiera se ha dignado darme una explicación.

—Tiene usted razón, pero ya no tenemos tiempo. Viven ustedes en esa calle, ¿verdad?

—Sí, en esa casa.

En silencio llegaron hasta el apartamento de las dos jóvenes. Jane introdujo el llavín y abrió la puerta.

—Haga el favor de esperar, señor. Avisaré a Helen de su visita.

—¿Le molesta que fume?

—No, puede hacerlo.

—Gracias, es usted muy amable.

Jane crispó los labios con fuerza, teniendo la seguridad de que estaba

burlándose de ella. Dennis se quedó en el reducido recibidor, exhalando una bocanada de humo.

—Puede pasar —dijo la joven, reapareciendo al cabo de dos minutos.

Se encontró en una agradable sala. Helen Maunder le salió al encuentro, mirándola con evidente desconfianza. Era alta y esbelta, de cabellos negros y muy linda.

—¿Desea usted hablar conmigo?

—Sí, se trata de algo referente a su prometido.

—¿Mi prometido? Temo haya sufrido un error, señor. Yo no tongo prometido.

—Si usted prefiere llamarle novio, hablaremos de Ralph.

Helen miró a su amiga, y esta hizo un gesto significativo. Sobre esto no podía tener duda Dennis, La joven le indicaba que era un fresco.

La novia de Ralph Mason levantó la cabeza con altivez.

—Usted es periodista, ¿verdad?

—Sí.

—Haga el favor de salir, señor. No tengo nada que decirle. Condúcele a la puerta, Jane.

—No quería acompañarle. Enseguida me di cuenta de que era usted un entrometido —dijo esta indignada.

Dennis levantó las manos hasta la altura de los hombros; sonreía.

—Por favor, deben dejarme hablar. Son ustedes muy impulsivas.

Las dos jóvenes le miraron con desconfianza. Sobra todo Jane, mostrándose más agresiva.

—No deseo hablar con ningún periodista —afirmó, Helen.

—¿Ni siquiera conmigo?

—No.

—Mi nombre es Dennis Harvey.

Las dos se miraron y enrojecieron intensamente.

—¡Ah, es usted Dennis Harvey! —exclamó Helen—. Eso es distinto. Perdone.

—Haga el favor de sentarse —invitó Jane, confusa.

—Gracias. Al parecer, han cambiado de opinión.

—Debió decir antes su nombre. Le estoy muy agradecida por haber defendido a Ralph.

—Deseaba conocer su reacción ante un periodista. Su comportamiento debe ser el de poco antes: ha de mostrarse firme y negarse a hablar. Jane, usted no debe fiarse de un desconocido.

—Usted me ha sorprendido. Le prometo que no me volverá a ocurrir. Pero sigo insistiendo en que su comportamiento no ha sido correcto.

—Los periodistas no acostumbramos a serlo. Se trata de algo adherido al oficio.

—¿Ha hablado usted con Ralph? —preguntó Helen, con incontenible

ansiedad.

—Sí, se encuentra muy animoso.

—¿Le ha informado él de nuestras relaciones?

—Sí. Y también el señor Mason.

—¿El señor Mason?

—Sí, está enterado y tiene informes de usted.

—Tratará de oponerse, ¿verdad?

—No, al contrario. Está muy contento, y desea conocerla. Yo le he aconsejado que no lo haga. En la actual situación, no es conveniente. Sus relaciones con Ralph Maunder deben continuar secretas.

—Lo comprendo —asintió Helen, pero sus ojos brillaban de júbilo.

—Debe seguir sin la menor vacilación mis indicaciones y las de William Baster, abogado de Ralph.

—Así lo haré.

—Y tenga confianza, todo saldrá bien.

—Arriesga usted mucho, Harvey.

—Llámeme Dennis, por favor. Solo cumplo con mi deber. Si le es posible, vaya mañana a trabajar.

—Iré, ya me encuentro mejor, sobre todo después de haberle oído. Esta mañana sufrí un desvanecimiento al enterarme de la detención de Ralph. Me sentí muy débil.

—Lo comprendo. Ahora me marcho.

Helen llegó a su lado y con un rápido movimiento le besó en la mejilla. Dennis quedó aturdido.

—Le estoy muy agradecida. Dios le proteja.

Inclinó la cabeza y salió, viendo la maliciosa mirada de Jane. Cuando esta abrió la puerta, él dijo:

—Helen me ha besado.

—Le está muy agradecida.

—¿Y usted no?

—También. Helen es mi amiga, y aprecio a Ralph. Es un excelente muchacho.

—Entonces, debería darme también un beso.

Jane se irguió. Con la mirada fulminó a Dennis.

—¿Cómo se atreve…? Usted no ayuda a mí prometido.

Dennis la miró embelesado. Estaba muy linda, y no pudo resistir la tentación.

—Bien, la besaré yo.

E inclinándose, la besó en los labios con suavidad.

Jane permaneció inmóvil, aturdida por la inesperada caricia. Reaccionó y propinó una fuerte bofetada en la mejilla masculina.

—¿Cómo se ha atrevido a besarme?

El joven se frotó la parte lastimada y respondió:

—Perdone.

Y se marchó precipitadamente.

—¡Insolente!

Apareció Helen. Llegaba sobresaltada.

—¿Qué ha ocurrido, Jane?

—Ese periodista me… ha besado.

Su lindo semblante estaba enrojecido.

—Y le has dado una bofetada.

—Naturalmente. ¿Qué se ha creído?

—Como yo le he besado…

—Eso es distinto. Tú le estás agradecida, le has besado en la mejilla.

—Entonces, él te ha… —y se echó a reír.

—Helen, no permito que te burles.

—¿Tanto te ha disgustado?

—No. Pero no tenía derecho a hacerlo.

—Pues Dennis Harvey es muy apuesto y simpático.

—Cállate, Helen. No quiero continuar oyéndote hablar.

Pero la joven abrazó a su amiga con ternura.

—Gracias a Dennis Harvey empiezo a confiar en la salvación de Ralph. Me alegraría que se hubiese enamorado de ti.

—Y yo —musitó Jane.

Las dos amigas se echaron a reír.

—Debe haberlo hecho, cuando se ha atrevido a besarte.

—Pues le he dado una buena bofetada, y se ha marchado cabizbajo. Temo haberle lastimado.

—Se lo ha merecido. A una señorita no se la besa, si no es su novia.

Jane no la escuchaba. Sonreía, ensimismada en sus pensamientos.

CAPÍTULO V

La cara le dolía. Jamás creyó que una muchacha de aspecto tan femenino y adorable como Jane pudiera propinar tan fuerte bofetada.

Sin embargo, sus labios eran muy dulces. No estaba arrepentido de su acción, pese a no ser muy caballerosa. No pudo resistir la tentación. ¡La tenía tan cerca de sí…!

Puso el coche en marcha y trató de librarse de aquellos pensamientos. La situación no estaba para distracciones. Un bello rostro no debía interponerse entre Ralph Mason y él.

Todo su entendimiento debía ponerlo en acción, procurando hallar una pista que le condujese hasta el asesino de Minella Doody. Ni un solo momento debía cruzarse de brazos y esperar; al contrario, era forzoso desarrollar una endiablada actividad, tratando de encontrar la ansiada oportunidad para actuar.

No tardó en detenerse ante el «Green Deer». Saltó del coche y entró en el local. Este estaba abierto, aunque existía una pareja de agentes vigilando. Esto fue lo máximo conseguido por Jim Landini. No había hecho ni un solo movimiento de reconocerle al ver a Tonio en la calle.

El muchacho fingía mirar un escaparate. Tampoco él Se movió, por lo que quedó complacido de su comportamiento. Esto indicaba que el dueño del local se encontraba dentro.

También el camerino principal permanecía bajo la vigilancia de la policía, no pudiendo ser usado.

El «Green Deer» estaba escasamente concurrido. Una pareja sentada ante una mesa y dos hombres en la barra. A aquella hora siempre acostumbraba a estar poco animado, pero no hasta aquel extremo. Las cuatro personas debían tener la conciencia tranquila, no temiendo una investigación policíaca en su vida particular; de lo contrario no se encontrarían en un lugar donde unas horas antes se cometió un asesinato. La morbosidad les hacía estar en el «Green Deer».

—Un *whisky* —pidió Dennis al *barman.*

Este se apresuró a servirle, mirándole con evidente desconfianza.

Probablemente, Landini fue avisado de su llegada, pues no tardó en aparecer. Fingió sorprenderle al verle.

—¡Caramba, si está aquí el gran Harvey!

—¿Cómo va esto, Landini?

—¿Qué le parece a usted? —con un gesto señaló el local—. No viene nadie; el temor a la policía supera a la curiosidad. Y eso que la culpabilidad del asesino ha quedado demostrada y se encuentra detenido…

Se calló e hizo un amplio ademán.

—Perdone, Harvey. Olvidaba que usted no está de acuerdo con la decisión del inspector Gainer.

—En absoluto.

—Lo sé, he leído su artículo. Es usted el único que duda de la culpabilidad de Ralph Mason. Su conducta es absurda; está completamente equivocado.

—¿Cómo tiene usted tanta seguridad?

—No puede existir ninguna duda. El inspector Gainer lo ha afirmado, y todos los periódicos de Nueva York lo han dicho.

—Menos el mío, Landini, no se le olvide.

—No me olvidaba. Ha sorprendido a todos sus lectores, y estos no le creen.

—Entonces, ¿qué opinan?

—Lo que yo. Usted es un buen crítico de deportes, pero como periodista de sucesos es un novato; aún le falta mucha experiencia.

—Trataré de demostrar la inocencia de Ralph Mason.

Landini se echó a reír. Daba la impresión de estar muy divertido, pero la expresión de sus ojos era fría, observando con atención a su interlocutor… Dennis captó esta mirada y no se sorprendió.

—Es muy divertido, Harvey. Ahora resulta que se dispone a jugar a detectives. Esto no es un relato policíaco, es simplemente un crimen vulgar.

—Cuando me haya convencido de ello, no titubearé en publicarlo, reconociendo mi error. Todos podemos equivocarnos.

—Pero no poniéndose ante la policía, cuando esta tiene pruebas de la culpabilidad del detenido.

—Es cierto, se me olvidaba el hallazgo del encendedor de Mason en el aposento de Minella. Es muy significativo. Usted lo cree así, ¿verdad?

—Por completo, a pesar de su ironía.

—¿Podría examinar dicho aposento?

—No será posible. La policía lo tiene ocupado, y no deja entrar a nadie; ni siquiera a mí. Lo lamento, Harvey, pero no puedo ayudarle. ¿De veras cree poder hallar un indicio?

—Todo es posible.

De nuevo volvió a reírse Landini.

—La policía lo ha examinado por completo. El inspector Gainer no ha dejado un centímetro por mirar, y tiene fama de ser muy sagaz.

—No lo ignoro.

Dennis terminó de beberse el *whisky*, y dejó el vaso sobre el mostrador. Extrajo un billete y fue a dárselo al *barman.*

—No pague, lo hace la casa.

—No, Landini. Sería abusar, pues anoche ya me invitó. Además, no le

conviene, tiene pocos clientes.

—Hay que saber perder, Harvey. Todo será cuestión de un par de semanas. Después, la gente se olvidará de este crimen.

—Sí, el tiempo todo lo borra.

—¿Me permite darle un consejo?

—Naturalmente, Landini.

—Deje ese asunto de Mason. Solo le traerá preocupaciones.

—Un periodista siempre debe arrostrar las consecuencias; es nuestra misión. Por fortuna, pocas veces me equivoco, y en muchas me enfrento con la mayoría de mis colegas.

—Eso es en deporte. No le niego esa virtud, ya que posee ojo clínico.

—¿Y por qué no puedo tenerlo en este caso?

E hizo un malicioso guiño, marchándose.

Jim Landini permaneció inmóvil, no dejando de mirarle hasta que hubo salido del local.

Dennis llegó hasta el escaparate y se detuvo. Extrajo la cajetilla, pero esta se deslizó de sus dedos y cayó al suelo. No llegó a agacharse, anticipándosele Tonio.

El muchacho se la entregó en unión de un papel.

—Esto es cuanto he hecho, Dennis.

—Gracias, muchacho.

Y se encaminó hacia su coche.

Ya podía actuar; poseía el producto de las diversas indagaciones de aquel ajetreado día. Tanto él como Jack se movieron sin cesar, contando además con la ayuda de Tonio.

Se detuvo. Ya había anochecido por completo, aunque aquella calle estaba brillantemente iluminada. Entró en una casa de elegante apariencia, dirigiéndose directamente hacia el ascensor. Lo hizo con desenvoltura, como quien está acostumbrado a usarlo, evitando llamar la atención.

Dennis llamó a una puerta. Durante unos segundos solo reinó el silencio. Después, este fue levemente interrumpido por pasos. La puerta abrióse y el periodista se halló ante una atractiva figura femenina. Llevaba encima una ligera bata azul, dejando deducir sus retundas formas.

—Ha debido equivocarse, señor.

Y se dispuso a cerrar la puerta. Pero la mano de Dennis lo evitó, empujando con suavidad, aunque con firmeza.

—No, no me he equivocado. Deseo hablar con usted.

Vio cómo el firme seno se agitaba con violencia debajo de la bata y cómo su mirada se endurecía.

—Yo no. No le conozco.

Él la apartó a un lado, entró y cerró la puerta.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha entrado?

—Ya se lo he dicho: quiero hablarle.

—No le conozco.
—Yo, en cambio, sé quién es. Se llama Magda Felton.
—Sí, ese es mi nombre —respondió ella, agresiva—. Pero eso no le da derecho a entrar en mi casa.
Dennis hizo un gesto tranquilizador.
—No es mi intención causarle molestias, Magda.
Ella lo miraba con fijeza, hasta fruncir el ceño.
—Ya recuerdo. Usted se encontraba anoche en el «Green Deer».
—Exacto.
—Usted es un periodista. ¿Quiere hacerme una entrevista? Ya que ha entrado, pase y tome asiento.
—Gracias, es usted muy amable.
Se encontró en una coquetona salita. Magda se sentó frente a él, cruzando las piernas despreocupadamente. Dennis admiró la perfección de sus largas y esbeltas extremidades.
—Ya puede preguntar, periodista.
—Esta entrevista no será publicada, Magda. Cuanto se diga quedará entre nosotros. Tan solo en caso de extrema gravedad lo revelaré.
Un estremecimiento recorrió el hermoso cuerpo de la mujer. Sus manos arreglaron sus cabellos, teñidos de un dorado brillante.
—No le contestaré una sola palabra.
—Nunca se debe asegurar nada, Magda. Resulta muy expuesto.
Ella se levantó. Se aproximó al joven y este la imitó. Su cuerpo casi le rozó.
—Salga de mi casa, periodista.
—Aún no hemos acabado de hablar.
—Me es indiferente. No me gusta continuar viéndole ante mí.
—¿Tanto le desagrada mi presencia?
—Sí.
Las manos de él aferraron sus hombros con fuerza. Magda intentó desasirse y no lo consiguió. Con el esfuerzo realizado, su batín se entreabrió, poniendo al descubierto parte de sus encantos. Dennis permaneció impasible.
—Me va a oír, Magda. Le interesa y mucho. Puedo hacer que le procesen como cómplice de un asesinato.
La soltó. La actitud de Magda cambió por completo. Ahora ya no estaba erguida, sus hombros mostraban su abatimiento, la cabeza, caída sobre el pecho y la mirada fija en el suelo. Dennis la miró con lástima.
—¿Por qué hizo eso, Magda?
—Me obligaron.
—Siéntese.
Fue obedecido. Pero de nuevo Magda Felton le miraba desafiadora.
—No diré una sola palabra. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente. Solo necesito saber una cosa. ¿Quién le pagó?

—Nadie, nadie. Yo no he cometido nada, no he realizado ningún acto delictivo. ¡Váyase, no quiero verle!

Cada vez fue levantando el tono de su voz, hasta llegar a adquirir una entonación histérica. Dennis se levantó y la sacudió por los hombros con dureza, mirándola fijamente.

—Cálmese, no le conviene armar un escándalo.

—¿No? ¿Y a usted sí?

—Me es indiferente. Nada tengo que perder, pero usted irá a la cárcel.

La bella mujer prorrumpió en sollozos. Dennis, implacable, se inclinó sobre ella.

—Anoche bailó en dos ocasiones con Ralph Mason. ¿No es cierto?

Magda asintió, sin dejar de sollozar.

—La segunda vez le quitó el encendedor, ¿verdad?

—No, yo no se lo quité.

—No trate de negarlo. Es inútil, tengo la prueba de ello.

—No es cierto, nadie pudo verme.

Se mordió los labios, dándose cuenta de que se había delatado. Dennis sonreía.

—Usted misma lo ha declarado, pero carece de importancia. Tengo pruebas de mi acusación. ¿Quién le pagó para dejar el encendedor en la habitación de Minella Doody?

—Yo no lo dejé. Ignoraba su muerte.

—La creo. ¿A quién entregó el encendedor?

—No se lo diré, me mataría.

—Está equivocada, Magda. Ese asesino será detenido y no podrá causarle el menor daño. La policía la protegerá.

—Yo no lo quería hacer, me obligaron.

—¿Cuánto dinero le dieron?

—Doscientos dólares, pero yo no los quería.

—Lo sé, Magda. La atemorizaron.

—Sí, y más al enterarme de la muerte de Minella.

—¿Cómo permitió que se acusase a un inocente?

—Me amenazaron con matarme. Yo quiero vivir.

—Dígame el nombre de ese individuo. Le prometo protegerla.

Magda dejó escapar una nerviosa carcajada.

—¿Y a usted, quién le protegerá?

—Siempre he sabido hacerlo.

—En esta ocasión deberá enfrentarse con un poderoso enemigo. Un balazo le destrozará la cabeza de improviso o un cuchillo le partirá el corazón. Conozco cómo actúa ese hombre.

—Está usted atemorizada.

—Sí, lo estoy. No quiero morir. ¿Qué me importa la suerte de Ralph

Mason?

—Es inocente.

—¿Acaso no lo soy yo también? Que se encargue la policía de descubrir al criminal.

—Se halla dominada por una obsesión, Magda. Recapacite y comprenderá su error.

—Esta noche pasada apenas he dormido. Durante todo el día no he logrado apartar de mi mente la imagen de la pobre Minella. En plena juventud, en la cumbre de la fama, su vida ha sido extinguida por un estilete.

—Minella se exponía a ello. Su fin no podía ser otro. ¿Usted lo sabe?

—¿También está enterado de eso?

—Conozco muchas cosas, preciosidad. Soy periodista y poseo muchos medios de información. Además, tengo valiosos colaboradores.

—No se lo diré.

—Como quiera. Le doy esta noche para meditar con serenidad. Mañana por la mañana volveré, y deseo saber su contestación. Si esta as negativa, la entregaré a la policía.

—Usted no hará eso.

Y se le abrazó, desesperada. Dennis asió las muñecas de ella, obligándola a soltarle. Con un leve impulso, la forzó a sentarse. Con un ademán le acarició los cabellos, hasta descender a la barbilla. Le alzó la cabeza, mirándole a los ojos.

—Le conviene obedecerme, Magda. Se halla en juego la vida de un inocente y la suya. No se le olvide.

—No sé nada. No quiero morir.

—¡Hasta mañana, Magda!

Y se marchó.

Magda Felton no pareció darse cuenta de su ausencia; con la cabeza entre las manos, sollozaba.

—Soy joven, no quiero morir…

Continuó por espacio de unos minutos en esta posición. Al fin levantó la cabeza y minó a su alrededor. Sus labios musitaron:

—Se ha ido…

Se levantó y se dirigió hacia el cuarto de baño, haciendo desaparecer las huellas de las lágrimas. En su semblante continuaba reflejándose una viva inquietud.

Se encaminó a su dormitorio y se despojó de la bata, quedando tan solo con unas breves prendas íntimas. Se miró al espejo, contemplando su bello cuerpo. Se pasó las manos por las exuberantes caderas.

—Soy hermosa… Conseguiré triunfar, quizá sea la sustituta de Minella en el «Green Deer».

Ahora sonreía.

—Sí, no quiero morir.

Se estremeció. Acababa de oír el repiquetear del teléfono. Su cara dejó expresar un vivo temor. Salió de la habitación con paso vacilante. Su mano temblaba al coger el auricular.

Oyó una vos dura:

—¿Eres tú, Magda?

—Sí.

—Acabas de recibir la visita de Dennis Harvey. ¿No es cierto?

—Sí.

Estaba muy atemorizada, no pudiendo articular otras palabras.

—¿Qué te ha dicho ese periodista?

—Me ha hecho algunas preguntas —respondió, sin querer explicar la verdad.

—¿Qué preguntas? —inquirió con mayor dureza la voz varonil.

—Nada de importancia. Todas acerca de Minella y Ralph Mason.

—¿Qué le has respondido?

—Me he negado a hacerlo.

—Muy bien. ¿Te ha amenazado?

—Intentó hacerlo, pero no se lo he permitido.

—Bien hecho. ¿Estás asustada?

—Un poco.

—No temas. Dennis Harvey solo es un fanfarrón, que no tardará en dejar de ser un peligro.

Y dejó escapar una siniestra carcajada. Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Magda.

—Ya estoy más tranquila.

Pero la expresión de sus ojos distaba mucho de ajustarse a sus palabras.

En el otro extremo del hilo, colgaron. Magda dejó el auricular y procedió a vestirse. Se retocó, usando toda su maestría. En forma alguna deseaba demostrar que estaba atemorizada.

CAPÍTULO VI

Dennis salió de la casa satisfecho. Había logrado desvanecer todas sus dudas, adquiriendo el convencimiento de la complicidad de Magda Felton. Fue ella quien sustrajo el encendedor de Ralph, entregándolo al asesino.

Logró asustar a la bella artista, pudiendo arrancarle la ansiada confesión. Aunque Magda aún parecía más atemorizada por el asesino de Minella.

Se dirigía a su coche, ya le faltaban dos metros para llegar, cuando dos hombres aparecieron ante él. La fisonomía de estos indicaba con elocuencia su condición de pistoleros. Inmediatamente, se puso en guardia.

—¿A dónde va, Harvey?

—A usted no le importa, amigo —respondió con frialdad.

—No es la forma más adecuada para contestar a una amistosa pregunta.

—Los dos pueden irse al infierno —masculló el joven con dureza.

—¿Has visto qué modo más desagradable de tratarnos, Boris?

—Sí, chico. Opino que debemos darle una lección.

—Hagan el favor de apartarse, que voy a subir a mí coche.

Los dos hombres se separaron, como si obedeciesen la orden de Dennis, pero este no se dejó engañar. La intención de los pistoleros era colocarlo en medio, de esta forma le atacarían con mayor impunidad.

Siguió inmóvil, con la mirada fija en ellos. Sus puños estaban cerrados, prestos para golpear.

—Está usted haciendo muchas preguntas, Harvey. Eso puede causarle grandes perjuicios.

—No me gustan las amenazas.

—Solo es una advertencia.

—Bien, ya la han hecho. Lárguense.

Uno de los pistoleros hizo ademán de volverse, pero con veloz movimiento se arrojó sobre Dennis. El joven no se dejó sorprender por el ardid, respondiendo al alevoso ataque con un certero derechazo. El forajido, alcanzado en pleno rostro, dio un traspié y cayó al suelo, moviendo la cabeza para disipar su aturdimiento.

Su compañero se precipitó en su ayuda, aunque llegó tarde. Se aferró a Dennis, tratando de reducirle a la impotencia, pero este se revolvió con furia y sus puños golpearon el estómago de su adversario, obligándole a proferir varios gemidos.

Notó un golpe en la nuca y sus piernas se doblaron. Su instinto de luchador no le abandonó, dejándose caer al suelo y rodando sobre sí mismo. Se libró de recibir un alevoso puntapié, incorporándose con

rapidez.

Lo hizo a tiempo, pues los dos pandilleros se lanzaban sobre él. Con un rápido golpe de izquierda, obligó a uno a retroceder. Se agachó y dos golpes pasaron sobre su cabeza. Se levantó y propinó un brutal cabezazo en la barbilla de aquel individuo.

Este retrocedió, con las dos manos en la parte lastimada, gimiendo sin cesar.

—Voy a matarle —rugió el otro forajido.

Vio brillar de súbito una lengua de acero. No vaciló y sujetó la mano armada, forcejeando con furia.

Tres personas permanecían observando la terrible lucha, sin atreverse a intervenir. Una mujer lanzó un grito. Esto convenía a Dennis, pues no tardaría en acudir la policía.

La lucha habíase desarrollado con fulgurante celeridad, no dándose tregua los combatientes.

Harvey apretó los dientes y aumentó su presión, con la intención de obligar al forajido a soltar el arma. De conseguirlo, ya no correría ningún riesgo y aquel individuo caería en poder de la policía, debiendo responder a sus preguntas.

Pero el otro tipo se había rehecho y se lanzó sobre él. Retrocedió hasta apoyarse en su coche, en un poderoso esfuerzo de resistir la ofensiva de sus enemigos. Su presión habíase aminorado, amenazando el forajido con librarse de su mano y clavarle el cuchillo.

Alzó un pie y lo apoyó en el estómago del pistolero desarmado, pues este le golpeaba en la cara. Con vigoroso impulso le derribó aparatosamente.

En aquel momento se oyó un silbato, apareciendo un policía. El pistolero dejó caer el cuchillo y se zafó de su mano, echando a correr precipitadamente. Su compañero se levantó y le imitó.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó el agente, mi rancio a Dennis con curiosidad.

—Esos dos hombres me atacaron, agente.

—¿Puede usted demostrarlo?

—Ni sé si habrá testigos de la agresión, pero esas personas presenciaron la pelea.

El agente hizo algunas preguntas, pero nadie sabía cómo se inició la lucha. Dennis cogió el cuchillo, alargándolo al policía.

—Pertenece a uno de esos individuos.

—¿No es suyo? —inquirió este.

—Hasta ahora no lo había visto, se lo puedo jurar. No iba a agredir a dos hombres al mismo tiempo. No soy un superhombre. Me he limitado a defenderme.

Un testigo se adelantó, afirmando haber visto a un pistolero empuñar el

cuchillo, confirmando la declaración de Dennis.

—Gracias, señor —agradeció el joven.

—Es cierto, estoy dispuesto a hacer la declaración.

—Haga el favor de enseñarme su tarjeta de identidad —ordenó él agente a Dennis.

Este se apresuró a obedecer.

—Periodista, ¿eh? Deberá acompañarme a la Comisaría.

—¿Es necesario?

—Sí. Este asunto es muy extraño, y debe aclararse.

—No tengo inconveniente. ¿Podemos ir en mi coche?

—Sí.

El testigo también subió con el agente, y Dennis se lo agradeció con un amistoso ademán. Siguiendo sus indicaciones, no tardó en detenerse delante de la Comisaría.

Inmediatamente fueron conducidos a presencia de un inspector. Este escuchó en silencio el informe del agente, sin apartar la mirada de Dennis. Daba la sensación de tratar de sorprender sus pensamientos. Examinó su documentación.

—Todo está en regla, señor Harvey. Al parecer, la agresión partió de aquellos dos individuos.

—Puede tener la seguridad de ello.

La mirada del inspector se fijó en el testigo.

—Vi cómo uno de aquellos dos hombres sacaba un cuchillo y se arrojaba contra este señor.

—Bien, puede firmar su declaración y marcharse:

El testigo dejó escapar un suspiro de alivio, saliendo este muy ruidoso. Cuantos estaban en el despacho no pudieron por menos de sonreír. Al parecer, no le resultaba muy agradable su estancia en la Comisaría.

Firmó apresuradamente. Se inclinó ante el inspector y se dirigió a Dennis:

—He declarado la verdad.

—Se lo agradezco. Se ha portado muy bien.

—Firmará mi declaración, inspector. Desearía irme cuanto antes.

—No es posible… de momento —Respondió—. Este asunto interesa al inspector Gainer, que no tardará en estar aquí. Ya le he avisado.

—No tiene ningún derecho a retenerme, una vez aclarado lo ocurrido, y teniendo la seguridad de mi inocencia.

—No debe irritarse, señor Harvey. Tiene usted razón, pero a la justicia se le deben dar facilidades.

Dennis se dejó caer sobre la silla ofrecida por el inspector, encogiéndose de hombros.

—Fue dura la pelea, ¿eh?

Y miraba con atención el aspecto de Dennis.

—Sí, aquellos granujas estaban dispuestos a matarme.

—¿Sospecha el motivo de la agresión?

—He escrito un artículo defendiendo a Ralph Masón, pues no creo en su culpabilidad. Me dijeron que estaba haciendo muchas preguntas.

—He leído su artículo. Es usted el único en creer en la inocencia de Mason.

—Eso no es motivo para desear mi muerte. ¿No cree?

El inspector hizo un gesto afirmativo, y después dijo:

—No, no lo es. Si está equivocado, las consecuencias serán para usted.

—Exacto. Y estas no pueden ser muy perjudiciales. Un periodista debe expresar su opinión, luchando para confirmarla. Si ha errado, se le debe disculpar, siempre que haya actuado de buena fe.

—¿Y usted lo está haciendo?

—Por completo. Ignoro si usted lee mis artículos y comentarios.

—Sí, los leo. Soy un gran entusiasta de los deportes, y sus vaticinios suelen dar en el blanco.

—Me refería a mí sinceridad. Jamás he faltado a la verdad, premeditadamente. Me he equivocado varias veces, pues no soy infalible.

—Es usted solo contra todos sus colegas y la opinión del inspector Gainer.

—Estoy acostumbrado a situaciones parecidas. No me produce gran inquietud.

—Tiene usted una férrea voluntad.

—Solo vocación a la profesión.

Llamaron a la puerta. Esta se abrió y apareció la silueta del inspector Gainer. Con un gesto, saludó.

—Se ha metido en otro lío, Harvey.

—No lo creo.

—¿Cómo qué no? Me han comunicado que acaba de sostener una pelea.

—Es cierto, pero no se trata de un nuevo lío, sino del mismo.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la seguridad de que está relacionado con la muerte de Minella Doody. Esos dos hombres me salieron al encuentro de improviso, acusándome de estar haciendo muchas preguntas. Mi profesión requiere las indagaciones, para poner al descubierto la verdad.

—Debe estar confundido.

—No, tengo la seguridad de ello.

—Usted siempre tiene la seguridad de todo —comentó el inspector Gainer, con sarcástico acento.

—En esta ocasión no me equivoco. Aquellos malhechores me amenazaron por estar investigando sobre la verdadera identidad del asesino de Minella Doody.

—¿Y no le parece que esas investigaciones deben ser hechas por la

policía?

—Sí… Pero yo puedo hacerlas por mí cuenta; no entorpezco la labor de ustedes.

—Pueda ser que sí.

—Debo hacerlo. Se halla en juego mi prestigio personal y la vida de un hombre inocente. Si estaba equivocado, me apresuraré a reconocer mi error. De lo contrario, ayudaré a la justicia.

—No me gusta su tono, Harvey —rugió Gainer, exasperado.

El joven miró al inspector Allison.

—No creo haber dicho nada inconveniente. Mi tono ha sido correcto y hasta conciliatorio.

—Así lo creo, Gainer —intervino Allison.

—Estos periodistas son unos insolentes; se creen autorizados para actuar a su antojo.

—No lo entiendo así. El señor Harvey se ha mostrado comedido.

—Allison, no se ponga a favor de los periodistas.

—Vamos, Gainer. Está ofuscado en este caso. Si la culpabilidad de Ralph Mason queda demostrada, el señor Harvey habrá hecho un ridículo espantoso. No existe la menor complicación.

—Lleva razón. No debo irritarme contra la intervención de estos entrometidos. Se colgará con su propia cuerda.

Y soltó una carcajada.

—Todavía no me ha preguntado cómo eran los hombres que me atacaron, inspector Gainer.

Este miró a Dennis y movió la cabeza.

—No, y no lo haré. No me importa nada de cuanto haga o le ocurra. Ya no me interesaré más por usted.

—Como quiera —se resignó Dennis, sonriendo.

Gainer estrechó la mano de su colega y se marchó sin despedirse del joven.

Dennis aplastó la colilla en el cenicero.

—Tiene mal carácter el inspector Gainer, ¿verdad?

—Siempre ha tenido fama de ser duro e impulsivo, pero no debe guardarle rencor por sus malos modales. Usted le ha irritado.

—Me he limitado a ponerme en mi lugar; en ningún momento he tratado de burlarme de él. Comprendo su estado de ánimo, y no me he ofendido.

El inspector Allison vaciló unos segundos. Al fin se decidió y dijo:

—Señor Harvey, tengo la seguridad de que se encuentra en mía peligrosa situación. Quizá no esté descaminado, y exista alguien interesado en desembarazarse de usted. Puede contar con mi ayuda, aunque sea extraoficialmente, pues este asunto se halla en manos del inspector Gainer.

—Es usted muy amable, señor —respondió el joven, emocionado por la

inesperada oferta.

—Usted es periodista y desea el esclarecimiento de la verdad. Yo soy policía. Resulta lógico que mi interés sea mayor que el suyo.

—Le cojo la palabra, inspector.

—Le he hecho mi proposición con toda sinceridad. Creo ver algo turbio en este caso. Desde luego, un asesinato siempre es siniestro, pero empiezo a creer en la inocencia de Ralph Mason. He leído su artículo con detenimiento.

—No confíe demasiado en mí —opuso Dennis, sonriendo—. Soy novato en estas lides.

—Esa agresión no me ha gustado. ¿Quién puede tener interés en evitar sus indagaciones?

—Solo una persona; el asesino de Minella Doody.

—Exacto. También yo he llegado a esa conclusión. Si el culpable es Mason y usted le defiende, nadie puede seguirle los pasos.

—Aunque existe mía posibilidad. Mason puede ser el asesino, y no le conviene que yo llegue a descubrir la verdad. Soy honrado y me apresuraría a reconocer mi error. Su situación empeoraría.

—No, pues demostraría ser un hombre endiabladamente astuto. De serlo, su encendedor no habría sido encontrado al lado del cadáver de Minella. No creo en esa hipótesis.

—De acuerdo, inspector.

—Siempre a su disposición, Harvey.

—Gracias.

El joven firmó su declaración y estrechó con fuerza la mano del policía. Se marchó satisfecho. Nunca creyó encontrar una ayuda semejante, sintiendo mayor moral para continuar la lucha entablada.

Llegó a la Redacción y recogió la nota entregada por Tonio para él. La leyó. En ella no encontró nada de particular, pero se cercioró de que el muchacho era muy inteligente y que le resultaría beneficiosa su ayuda.

Conversó con Swan. El veterano periodista le escuchó, con los ojos brillantes por el entusiasmo. No le interrumpió una sola vez. Cuando terminó, comentó:

—Eso es magnífico, Dennis.

—¿Usted cree? —inquirió el joven con ironía—. Es mi vida la que está en juego.

—No me refería a eso, muchacho —replicó, soltando una carcajada—, sino al hecho de no estar equivocados. Ahora ya tenemos la seguridad de la inocencia de Ralph Mason. Seremos los únicos en haberlo sospechado. Lograremos un triunfo rotundo, inenarrable.

Estaba invadido por la emoción del periodista. Dennis no lo pudo evitar, sintiéndose contagiado.

—Lo conseguiremos, Swan. La justicia siempre ha de triunfar.

—Y siempre triunfa, muchacho.

—Algunos crímenes quedan impunes…

—Este no será así. Conseguirás descubrirlo y el inspector Gainer deberá disculparse.

—Nunca lo hará. Es un tipo brutal, que odia a los periodistas.

—Con Nick Burton no ocurre así. Hacen buenas migas y le facilita toda clase de información.

—Hasta la vista, Swan. Voy a hacer un artículo donde ratificaré mi seguridad sobre la inocencia de Ralph Mason. Con ello lograré irritar más al asesino.

—Ten cuidado. Lamentaría que te ocurriese algo.

—¿Por mí o por la solución de este caso, viejo zorro?

—Eso no te lo perdono, Dennis —rugió Swan, propinando un fuerte puñetazo sobre la mesa—. Desaparece de mí vista.

El joven se alejó sonriendo.

Se sentó frente a la máquina y durante veinte minutos no cesó de aporrear las teclas y fumar. Encargó a un muchacho que llevase su labor a Swan. Este se ensimismó en la lectura. Dennis le contempló, fingiendo enfadarse.

—¿Vas a llevarlo o no?

—Sí, pero antes quiero leerlo. Es muy interesante, Dennis.

El joven le propinó un puñetazo en el brazo coma contestación. El muchacho sonrió y agregó:

—Mucha suerte.

Llegó al restaurante y encargó la cena. Jack aún no había llegado y frunció el ceño. ¿Le habría ocurrido algo a su amigo?

Transcurrieron cinco minutos y su intranquilidad alimentó. Lo lamentaría, pues él sería el causante, por haberle metido en aquel asunto.

Le vio llegar y respiró tranquilizado. Jack venía casi corriendo, teniendo la seguridad de haberse retrasado. Ahora su aspecto le daba mayor parecido a un espantapájaros. Se sentó y preguntó:

—¿Has encargado mi cena?

—No. Tu atraso podía haber sido mayor, y se habría enfriado.

Jack se apresuró a pedirla. A pesar de su delgadez, poseía un apetito envidiable.

—No he conseguido nada de interés. He perdido el tiempo lastimosamente.

—Eso nunca se puede afirmar. Debes tener mucho cuidado, pues nuestros enemigos están dispuestos a todo. No vacilarán en matar.

Y explicó la lucha sostenida contra los dos forajidos. Jack se excitó, masticando con mayor rapidez. La aparición de innumerables riesgos debía aumentársela.

Cuando terminaban de cenar, vieron entrar a Nick Burton. Ambos se

miraron perplejos, y más al verlo dirigirse hacia ellos.

—¡Hola, Harvey! —exclamó jovial, y con un gesto saludó a Jack.

—Hemos terminado de cenar, Burton. ¿Quiere algo?

—Le acepto un *whisky* —respondió Burton sonriendo, sentándose frente a los dos amigos.

—Es una sorpresa verle aquí.

—He venido por tener la seguridad de encontrarle.

—¿Ha venido a hablarme? —inquirió Dennis, fingiendo sorprenderse.

—Sí, quiero darle un consejo.

—Siempre los admito —asintió el joven, sonriendo.

—Se ha metido en un laberinto. Aunque ya es tarde, aún puede hallar una salida airosa. La culpabilidad de Mason no admite duda…

—Permita que le interrumpa; opino lo contrario.

—No adopte esa actitud, Harvey —le reprochó Burton, moviendo la cabeza con gesto pesaroso.

—Debo cumplir con mi deber.

—Es absurdo. Se ha metido en un lío tremendo, y su prestigio quedará resquebrajado para siempre. Ya no volverá a tener crédito entre sus lectores. Hasta es posible que pierda el empleo.

—Swan no me despedirá, si fracaso; cuento con su autorización.

—¡Bah, ese escocés! —exclamó Burton, despectivo:

Dennis miró el insolente semblante del periodista, sintiendo una gran tentación de golpeárselo. Le lastimó la forma de referirse a su jefe y amigo.

—Y si pierdo el empleo, no me preocupa. Siempre sería admitido en cualquier importante rotativo.

—Pero marchándose de Nueva York. Ningún periódico de la ciudad le acogería en su nómina.

—Eso debería verse, Burton. Como redactor deportivo, gozo de gran estimación. Aun equivocándome, jamás he defraudado a mis lectores.

—No comprendo su obstinación en continuar insistiendo sobre la inocencia de Mason.

—Muy sencillo, por creer en ella.

—Me he portado como buen amigo y camarada. Me he esforzado por convencerle, evitando su fracaso.

—Se lo agradezco.

—Voy a darle una información. El inspector Gainer está enfurecido contra usted.

—Me he dado cuenta de ello.

—Solo le he prevenido; ahora usted puede actuar como desee.

—Lo haré como lo indique mi deber. No puedo obrar a mí capricho.

—Su deber, su deber… Es una palabra vacía. Usted solo debe preocuparse de su profesión.

—Es lo mismo, ambas cosas van ligadas. El periodismo es como si fuese

un sacerdocio. Ningún temor, ningún peligro, deben impedir seguir adelante. Nada puede ir contra la verdad. Nuestros esfuerzos han de tener un solo fin: hacer resplandecer la verdad.

Se calló, mirando con fijeza la cara de Nick Burton. Este fingía estar examinándose las uñas, como si no diese importancia a las palabras del joven.

—¿No piensa usted igual? —inquirió Dennis con suavidad.

—Sí, sí. ¿Por qué no iba a pensarlo?

—Entonces, debe comprender perfectamente mi conducta.

Burton se levantó.

—No puedo hacer nada más, Harvey.

—No está obligado a ello. Me ha demostrado ser un buen compañero, aunque en realidad casi somos dos desconocidos.

Nick Burton inclinó la cabeza y se marchó.

—No te fíes de ese tipo: es un perro.

—No era necesaria tu advertencia, Jack. Hombres como él deshonran nuestra profesión.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Iremos al «Green Deer». Será conveniente hacer una visita.

—Es como metemos en la boca del lobo.

—Para triunfar, es preciso correr cuantos peligros salgan a nuestro encuentro. El miedo debe ser desconocido para un periodista.

—Siempre citando las normas del viejo Swan… —gruñó Jack.

—¿Acaso no estás de acuerdo con ellas?

No obtuvo respuesta. Se miraron y sonrieron.

CAPÍTULO VII

El «Green Deer» estaba algo más animado que horas antes, aunque su aspecto distaba mucho de ser brillante. Tan solo dos parejas se deslizaban por la pequeña pista.

Dennis comprendió que había sido visto desde su entrada por Jim Landini, pero el propietario no se le acercó.

Se acercó a la puerta del «camerino», no tardando en ver la figura de un agente. Este le miró con suspicacia.

—No se puede pasar, señor.

—Soy periodista.

Y se dispuso a enseñar su credencial.

—Le conozco, señor Harvey. Pero ustedes también entran en la prohibición.

—No insisto. Usted debe cumplir con su deber. Solo se trataba de una simple curiosidad.

No estaba excesivamente contrariado, pues no esperaba hallar ningún indicio revelador, ni mucho menos, el inspector Gainer se enteraría de su intento de entrar, y se enfurecería.

Se encontró frente a Landini, que se limitó a inclinar la cabeza en gesto de reconocimiento, pero no se le acercó a hablarle. Resultaba extraño, pero no vacilaría en acusar al dueño del «Green Deer» como el asesino de Minella Doody.

Todo le inducía a sospechar de Landini, pero necesitaba hallar el motivo del crimen. Cuando lo hubiese conseguido, mostraría sus pruebas al inspector Gainer para proceder a su detención. Quizá no lo hiciese así, recurriendo al inspector Allison. De esta forma, no hallaría obstáculo alguno. Gainer no le perdonaría que le hubiera puesto en ridículo, aunque, al resplandecer la verdad, no podría hacerle ninguna censura.

Media hora después, Jack preguntaba:

—¿Quieres continuar aquí, Dennis?

—No, es perder el tiempo. Vámonos a dormir, recuperaremos fuerzas.

Y entonces vio a Magda Felton. La bella artista se disponía a actuar. Sus miradas se cruzaron y Dennis sonrió ligeramente. Le recordaba su visita a la mañana siguiente. Magda fingió no darse cuenta.

Cuando llegaron al coche de Dennis, una sombra apareció, cogiendo la mano de Jack. Este se sobresaltó.

—Cuidado, Dennis.

—Es Tonio. ¿No lo has reconocido?

—¡Diablo de muchacho! Otra vez avisas antes de cogerme la mano. Los

tiempos no están pan bromas.

—No he querido gastarle ninguna broma, Jack. Me he alegrado de volver a verle.

Toda la indignación del periodista se desvaneció ante estas palabras; sintióse invadido de una gran ternura, por el afecto del muchacho. No obstante, fingió una gran dureza:

—Yo también te aprecio, Tonio. Pero no se debe cometer tonterías; estamos mezclados en un asunto muy peligroso.

—Lo sé, y por eso me alegro de ayudarles, pero no he descubierto nada. Estoy avergonzado, Dennis.

—Tu misión solo consiste en seguir los pasos a Jim Landini, aunque eso no significa que este sea culpable. No debes precipitarte. Si ese individuo es el asesino y te descubre, tu vida correrá peligro. Lamentaría que te ocurriese algo.

—No se preocupe, sé defenderme. Soy fuerte.

—Sé prudente. No te arriesgues, aunque Landini se te pierda de vista. Tu vida es preciosa.

—Solo quiero serle útil. ¡Le debo tanto!

—No nos debes nada. Aléjate, pueden vernos.

—Es verdad.

Y el muchacho se desvaneció en la oscuridad.

—Un chico inteligente, Dennis. ¿Le crees capaz de ser un buen periodista?

—Podemos intentarlo. Tú puedes enseñarle.

—Lo haré. En cuanto le vi ya me inspiró confianza.

El joven no pudo menos de sonreír. Jack no se opuso a ir a la casa de Mickey, pero tampoco fue muy partidario de hacerlo. Ahora estaba conquistado por el muchacho, quien lo consiguió con su ternura, sinceridad y agradecimiento.

Condujo con lentitud, charlando con Jack. Lo dejó en su domicilio y no tardó en encontrarse en su «garaje». Este se encontraba muy próximo a su apartamento, y recorrió la distancia con recelo. No deseaba volver a ser sorprendido.

Nada le ocurrió. Al parecer, el asesino deseaba ampararse en la oscuridad y tratar de desorientarle. El deseaba el riesgo, pues con este habría la posibilidad de descubrir un indicio que le llevara hasta conocer su identidad.

⋆ ⋆ ⋆

Se levantó más pronto de lo acostumbrado, yendo a la redacción. Se encontró con Jack, pero Zachary Swan no estaba. El redactor jefe tenía derecho a descansar, pues se pasaba muchas horas en su despacho. Su capacidad de trabajo era extraordinaria.

Dennis leyó los restantes periódicos de la ciudad. Todos continuaban sosteniendo la culpabilidad de Ralph Mason. Nick Burton estacaba de sus colegas, habiendo escrito un duro comentario contra el joven. Le acusaba de ser un producto de la ociosidad. Se trataba del asunto casi clásico del hijo del millonario, gastando el dinero a manos llenas y no vacilando en deshacerse, por la violencia, de una molesta amante.

Le indignó la lectura del artículo. Sin haber comprobado la absoluta culpabilidad de un hombre, no se le podía atacar de aquella forma inhumana, pues exigía la silla eléctrica para Ralph Mason. El envanecido periodista afirmaba que el joven era el asesino sin la menor vacilación.

Cuando aquel asunto hubiese terminado y lograra salir airoso, Nick Burton pagaría cara su pérfida actuación. La vida de un hombre valía mucho para arrojar sobre ella tales infamias.

Debía cumplir su promesa, y visitar a Magda Felton. Esperaba mucho de aquella entrevista, siendo su arma más poderosa para conseguir descubrir la verdad.

Sin embargo, quizá fuese pronto para dirigirse al apartamento de la artista, pues esta aún no se habría levantado. Un pensamiento cruzó por su mente, trató de rechazarlo y no lo consiguió: Resultaba demasiado tentador.

Fue en busca de su coche y no tardó en estar aparcado cerca de los almacenes donde trabajaban las dos jóvenes. Encendió un cigarro y se dispuso a esperar. No fue mucho, pronto empezaron a salir los empleados.

Durante un momento permaneció indeciso, sin atreverse a salir del coche. Acababa de distinguir las esbeltas figuras de las dos jóvenes. Creyó notar el dolor en su mejilla al recibir la fuerte bofetada, no pudiendo evitar enrojecer. Jane, al verle, quizá se apresurase a alejarse, sin saludarle. Tendría formada una deplorable opinión de él.

Saltó del coche y salió al encuentro de las muchachas. Helen sonrió ampliamente y corrió hacia él. Apenas la veía, pues su atención estaba concentrada en Jane, La vio ruborizarse y quedarse indecisa.

—Me alegro de verle. Dennis —dijo Helen, efusiva, estrechándole la mano con afecto.

—Y yo. A usted también, Jane.

Y tendió su mano a la muchacha. Esta fingió na verla.

—No puedo decir lo mismo, es usted un desaprensivo —respondió ella en voz baja, procurando no ser oída por Helen.

Esta fingía no darse cuenta de la actitud de los dos jóvenes, y se acercó al coche.

—Nadie me había dado un calificativo tan duro, Jane —se lamentó, dolorido.

—Con nadie se habrá comportado tan irrespetuosamente como conmigo.

—¿No lo olvidará, Jane? Quizá me mostré muy impulsivo, pero mi finalidad fue noble, puedo afirmarlo.

—¿Quizá se mostró impulsivo? Todavía se atreve a dudarlo. Es usted incorregible. A una mujer a quién no se conoce no se la debe besar.

—Ahora todo variará —afirmó Dennis con súbita audacia—. Ya la conozco. Tengo su autorización para besarla.

—Si no fuese por Helen y Ralph no volvía a mirarle —replicó la muchacha con el lindo semblante enrojecido—. Es usted un… un…

No encontraba la palabra adecuada, mientras él la contemplaba, embelesado. Sonriendo, apuntó:

—¿Impertinente?

—Eso es. Un impertinente, odioso y petulante.

—Ya he sido suficientemente castigado. La cara aún me duele.

—¿Eso se lo hice yo?

Dennis afirmó con un movimiento de cabeza, regocijado al verla palidecer. Jane, arrepentida, se dispuso a disculparse, cuando reaccionó.

—¡Embustero! Le pegué en el otro lado. ¿Cómo se ha atrevido a mentirme?

Estaba furiosa, dispuesta a continuar increpándole, cuando sonó la voz de Helen. Dennis respiró.

—¿No nos vamos, Dennis?

—Sí, sí, enseguida.

Y se apresuró a abrir la puerta del coche. Las dos mujeres se instalaron en la parte posterior, y emprendió la marcha. No tardaron en encontrarse en el departamento, sentándose Dennis en la silla ofrecida por Helen.

—¿Quiere un poco de café?

—Se lo acepto, muy agradecido.

—No podemos ofrecerle otra cosa; no tenemos ni aperitivos ni licores.

—No se preocupe. Además, poseo la seguridad de que Jane lo hace muy bien.

—No le soy simpático a su amiga.

—No es eso, Dennis. Su comportamiento no fue correcto. Jane está muy ofendida.

—¿Está enterada?

—Naturalmente, somos amigas y no tenemos secretos. Aunque así no fuese, la bofetada sonó muy fuerte para no oírla.

Él se echó a reír, sin mostrarse avergonzado u ofendido.

—No pude esquivarla. Reaccionó con mucha rapidez, y no me dio tiempo. Jane es muy bonita.

—¿Cómo puede hablar con tanta desfachatez? Le aprecio, y estoy agradecida por cuanto está haciendo por Ralph, pero no me gusta oírle expresarse de esa forma.

—Le estoy hablando con sinceridad —dijo Dennis, bajando la voz—. Me

he enamorado de Jane y…

Se interrumpió apresuradamente. Esta acababa de regresar a la salita, poniendo ante Dennis una taza humeante. Helen, sonriendo, inquirió:

—¿Es cierto cuanto me ha dicho?

—Sí —afirmó Dennis, no pudiendo evitar enrojecer levemente.

—Entonces, es distinto. Le doy mi aprobación.

—Gracias, estaba convencido de que lo comprendería.

—¿Cómo se encuentra Ralph?

—No he vuelto a verle. Me he limitado a hablar con su abogado. Tengo algunos indicios para demostrar su inocencia, aunque he recibido un aviso para no continuar mis indagaciones. Esto confirma mi seguridad de que no es su novio el asesino de Minella Doody.

—No se exponga, Dennis.

—No se preocupe, me estoy acostumbrando a recibir golpes.

Y vio cómo Jane enrojecía. Se trataba de una pequeña venganza. Continuaron hablando, haciendo él algunas recomendaciones. Jane fue perdiendo su actitud hostil, hasta llegar a sonreír en alguna ocasión.

Al despedirse Dennis, Helen dijo:

—Acompáñale, Jane.

Su amiga le dirigió una mirada de censura, por colocarla en aquella situación, pero ella fingió no advertirla. Cuando la joven se disponía a abrir la puerta, Dennis preguntó:

—¿Todavía ofendida conmigo?

—Sí.

—Eso no es justo. Ya me he disculpado, aunque no esté arrepentido.

—¿Se da cuenta? ¡Es incorregible! Con todas las muchachas se portará igual.

—No, no, usted es distinta —se acercó a ella—. Eres muy bonita, Jane.

Fue sorprendente. Esta vez, y a pesar de su audacia, la muchacha no se irritó. Esto dio nuevos ánimos al joven, y le cogió la barbilla, obligándole a mirarle.

—¿Me has perdonado?

—Sí —musitó.

Se inclinó y la besó con suavidad. Ella permanecía con los ojos cerrados cuando se apartó.

—Adiós, Jane.

—Ten mucho cuidado, Dennis.

Y regresó al lado de su amiga, con expresión soñadora. Helen la observó, sonriendo.

—No he oído ninguna bofetada ni siquiera vuestras voces. Dennis Harvey se ha portado con mayor comedimiento.

La muchacha reaccionó y preguntó:

—¿A qué dabas tu aprobación, Helen?

—A la conducta de Dennis.

—¿Cómo te has atrevido…?

—Me acababa de afirmar que estaba enamorado de ti, y por eso no pudo evitar besarte.

Jane abrazó a su amiga; estaba radiante.

—Me ha vuelto a besar.

—¿Y tú no le has pegado?

—No he podido, me han faltado las fuerzas. Estoy convencida de que me quiere. Soy tan feliz —el semblante de Jane se ensombreció—. Perdóname, soy injusta contigo.

—No, Jane. Comprendo tu estado de ánimo. Además, Dennis corre un gran peligro, al ayudar a Ralph.

Harvey entró en su coche, radiante de satisfacción. Ahora ya tenía la seguridad de ser correspondido, na temiendo nada ni a nadie. Superaría cuantos obstáculos surgieran ante él, hasta poder descubrir al asesino. La inocencia de Ralph Mason quedaría plenamente demostrada.

No tardó en detenerse, haciéndolo en el mismo lugar donde se celebró la terrible pelea la noche pasada.

Miró el alto edificio, pareciéndole notar un aspecto siniestro, pese a su suntuosa apariencia. Movió la cabeza para disipar aquellos pensamientos. No podía haber ocurrido nada, aunque el asesino ya tuviese la seguridad de que había visitado a Magda.

Ella estaba asustada y no habría revelado la conversación sostenida. Estar complicada en un asesinato era grave. Al obedecer la orden recibida, no pudo imaginar que se tratase de un crimen, en el que Minella fuera la víctima.

Querría a toda costa mantenerse al margen de aquel asunto, cuyas consecuencias podían llevarla a una penitenciaría. Y esta posibilidad la atemorizaría.

Entró en el ascensor, no tardando en detenerse Abrió la puerta con precaución, mirando el solitario rellano. Más seguro de no ser sorprendido, hizo descender el ascensor. Pulsó el timbre.

Silencio.

Nada respondió a su llamada. Volvió a apretar el timbre, obteniendo idéntica contestación. Estaba sorprendido. Magda ya deberla haberse levantado. A aquella hora no podía haber salido. El temor empezó a reflejarse en sus ojos, volviendo a mirar a su alrededor.

De nuevo llamó, no respondiéndole el menor rumor. Resultaba inútil continuar insistiendo. Aunque Magda aún estuviese dormida, se habría despertado y saltado del lecho. Además, tenía la seguridad de que recibiría su visita.

Apoyó la mano en la puerta, en indecisa actitud. Con asombro, notó como esta cedía a la presión de su mano; estaba abierta.

CAPÍTULO VIII

Su temor aumentó. La puerta abierta significaba que había ocurrido algo anormal en el interior del piso.

Sin vacilar, acabó de abrir la puerta y entró resueltamente. Se detuvo en la entrada del saloncito. Este estaba en desorden; la mesa y una silla, derribadas. Pero Dennis Harvey no se fijaba en esto; sus ojos estaban contemplando el cuerpo de Magda Felton.

La bella artista yacía boca arriba, los dorados cabellos esparcidos por el suelo. Llevaba la misma bata azul que la noche anterior, parcialmente abierta. Mostraba sus desnudas y bien formadas piernas casi por completo.

Se aproximó y la contempló con atención. Su atractivo rostro expresaba un terror sin límites, como si viese llegar la muerte. Sus facciones, contraídas.

En su pecho se divisaba una mancha oscura, que se extendía hasta formar un pequeño charco de sangre en el suelo. Dispararon contra ella. Probablemente la pistola iría provista de un silenciador para no despertar la alarma en el edificio.

Antes de su muerte, debió ser golpeada, pues Magda trató de resistirse a los deseos de su asesino. Este, exasperado, disparó contra ella. De esta forma la mantendría en silencio para Siempre.

—¡Dios mío, son implacables! —exclamó Dennis.

Reaccionó y registró todo el piso, procurando no dejar ninguna huella. Cuando tocó algo, lo hizo con ayuda de su pañuelo. No halló ningún objeto revelador de la identidad del asesino. Probablemente este adoptó tantas precauciones como él.

Ya no vaciló y cogió el auricular, llamando a la comisaría. Inmediatamente, tan pronto dijo haber encontrado un cadáver, se puso al aparato el inspector Gainer.

—¿Quién es usted? ¿Dónde está ese cadáver?

—Soy Harvey, inspector. He encontrado a Magda Felton muerta en su domicilio.

—¡Maldición! ¿Qué significa esto?

—Ya lo ha oído usted. Magda Felton ha sido asesinada.

—No se mueva de ahí, enseguida estaré en ese piso. No toque nada. ¿Cuál es la dirección?

—Le espero, inspector Gainer. De lo contrario no le habría llamado.

Y le dio la dirección. Cortó la comunicación y llamó al inspector Allison. Este no, tardó en responderle.

—¿Le ha ocurrido algo, Harvey? —preguntó Allison con curiosidad.

—He visitado a Magda Felton y la he encontrado muerta.

—¿Se observa violencia en el piso?

—Sí, la mesa y una silla están derribadas. Recibió un balazo en el pecho.

—¿Ha avisado al inspector Gainer?

—Sí.

—No se preocupe por los acontecimientos; procuraré indagar por mí cuenta.

Dennis colgó, preocupado.

Las dos muertes fueron cometidas por la misma mano, teniendo una estrecha relación entre sí. Las investigaciones pondrían muchas cosas en claro. Por eso tuvo interés en que estas empezasen cuanto antes, sin preocuparse por su comprometida situación.

Oyó pasos apresurados en la escalera, no tardando en aparecer la maciza figura del inspector Gainer. Sus ojos se clavaron en él con malévola expresión.

—Otra vez nos volvemos a encontrar, Harvey.

—Sí, le he llamado tan pronto he descubierto el cadáver de Magda Felton. Tal como usted me indicó, no he tocado nada.

—¿A qué obedece su visita en esta casa?

—Tenía una cita con Magda.

—¿Relaciones amorosas?

—No, inspector. Anoche me agredieron dos hombres al salir de esta casa. Magda sustrajo a Ralph Mason su encendedor, y deseaba saber quién le obligó a hacerlo.

—Permanezca aquí. Después hablaremos. Ahora examinaré el cadáver de esa mujer.

Tres hombres le seguían. Sacaron varias fotografías desde distintos ángulos. Gainer se movió con eficacia y, al examinar la herida, afirmó:

—Murió en el acto.

Un hombre provisto de un maletín negro entró precipitadamente. Gainer se acercó a Dennis.

—Harvey, voy a detenerle.

El joven le miró, sorprendido. Aunque su situación no resultaba muy tranquilizadora, pudiendo aparecer como sospechoso, en forma alguna podía ser detenido. De resultar sospechoso a ser acusado de asesinato mediaba un abismo.

—¿Detenerme? ¿Y por qué, Gainer?

—Como asesino de Magda Felton.

—¡Si le he avisado en cuanto descubrí el cadáver! Mi presencia en este lugar queda explicada satisfactoriamente.

—Demasiado satisfactoriamente.

—No puede detenerme. Sería una injusticia aún superior a la cometida

con Ralph Mason. Se creará demasiada impopularidad alrededor de su nombre. No le conviene ese disparate.

—Cumplo con mi deber.

—¿De veras cree que yo maté a Magda Felton?

—Sí.

—Vamos, Gainer. ¿Qué motivo podía tener para matar a esa mujer?

—Eso ya lo aclararé.

—No llevo ningún arma encima.

—Eso es fácil de explicar. Disparó contra Magda Felton, salió, ocultó el arma y regresó, llamando a la policía.

—¿No considera todo eso muy arriesgado?

—Sí, aunque muy práctico para no aparecer come sospechoso.

—Es un disparate, inspector Gainer.

Regresó el forense.

—Ya he hecho el informe, inspector. La víctima falleció tan pronto recibió el balazo. La muerte debió ocurrir hace cuatro horas aproximadamente.

—¿Cuatro horas? ¿Está usted seguro?

—Completamente. Aunque con la diferencia de unos diez minutos.

—Gracias, doctor.

Dennis sonrió, mirando a Gainer.

—¿Todavía insiste en detenerme?

—No, aunque continúa siendo sospechoso. Seguiré sus pasos durante esta mañana, y lograré demostrar su culpabilidad.

—Se muestra injusto conmigo. No tengo nada contra usted. La muerte de esa desdichada lo ha demostrado. Ralph Mason es inocente. Él no mató a Minella Doody.

—NO opino lo mismo.

Habían entrado varios periodistas, y algunos escucharon las últimas palabras cruzadas entre los dos hombres. El primero en llegar fue Nick Burton, habiendo estado pendiente de cuanto hablaron. Su rostro expresaba un claro desconcierto.

—¿Tiene relación el asesinato de Magda Felton con el de Minella Doody? —preguntó un periodista al inspector.

—No lo sé, aún es pronto para sacar una deducción.

—Si fuese así, quedaría demostrada la inocencia de Ralph Mason.

—Todo puede ser una hábil maniobra. El padre de Ralph Mason es millonario y…

—Protesto, inspector Gainer —interrumpió Dennis con violencia—. Usted no puede lanzar semejante acusación, y menos careciendo de pruebas. Publicaré en mi diario cuanto está ocurriendo, para evitar su difamación contra el señor Mason.

—Harvey, no le permito que hable así.

—¿Qué hará usted para evitarlo? —inquirió el joven, desafiante.

Gainer lanzó un rugido de furor. Su mano dio la impresión de alzarse contra el periodista, pero se contuvo. Miró a su alrededor, sorprendiendo las miradas extrañadas de cuantos les rodeaban.

—Márchese, Harvey.

El joven permanecía erguido. Asintió con un movimiento de cabeza y se dirigió hacia la puerta. Nick Burton le seguía.

—Esto es muy interesante, Harvey. Empiezo a creer que todos nos encontrábamos en un error.

—¿Va usted a cambiar de opinión? Estaba muy convencido de la culpabilidad de Ralph Mason.

—Sí, no quiero negarlo. Hasta ahora no tenía ninguna duda, pero ya no es así… La muerte de Magda Felton parece estar ligada al asesinato de Minella. Si esto es cierto, es indudable que Mason no ha podido matar a las dos mujeres.



—¡Dios mío, son implacables!...

Dennis estaba sorprendido. Había notado cómo varios periodistas dudaban, y algunos cambiaban de opinión. Pero del último de quien lo hubiese esperado era Nick Burton, y precisamente este era el primero en decirlo abiertamente.

—Me sorprende, Burton. ¿Su artículo próximo ya no acusará a Ralph Mason?

—Tanto como eso, rio. Aún no ha quedado plenamente demostrada su inocencia. Soy profesional, y he cometido un error. Cuando esto quede de manifiesto, lo reconoceré. Imagínese que ambos crímenes no tienen relación, y el primero fue realizado por Mason. Entonces debería rectificar de nuevo. Un error se puede cometer, pero dos ya son excesivos. Mis lectores se sentirían defraudados.

—Le comprendo, y no puedo censurar su decisión. Desde luego, me alegro de tenerle a mí lado.

—Siempre a favor de la verdad. Ese debe ser el lema de un buen periodista.

Ya se encontraban en la calle, cuando la mano de Burton se posó en el brazo del joven.

—Usted indagaba por su cuenta y, al parecer, según he comprendido por su conversación con el inspector Gainer, habló anoche con Magda Felton. ¿Estaba complicada con el asesinato de Minella?

—Solo tenía una sospecha, pero la muerte no me ha permitido confirmarla. Magda ya no existe. Alguien muy hábil y endemoniadamente decidido no ha vacilado en disparar contra ella. Pero nosotros debemos mantenernos apartados. Es terreno de la policía.

—Le dejo, Harvey. Debo ir arriba y enterarme bien de cuánto ha ocurrido. Le felicito por su habilidad. Nunca había creído en su teoría. No se preocupe por el inspector Gainer. Algo brusco y áspero, pero justo. Cuando se le pase la rabieta, reconocerá la verdad. No le guardará rencor.

—Me alegro, no es conveniente estar enemistada con la policía.

Burton le alargó la mano, sonriendo abiertamente.

Dennis no vaciló en estrecharla. El fatuo periodista se apresuró a encaminarse al ascensor.

Una inmensa amargura habíase apoderado del joven. A pesar de que lo ocurrido favorecía a Ralph Mason, pues su inocencia quedaría poco menos que demostrada, le contrariaba. Pues con la desaparición de la artista, jamás lograría enterarse de quién le ordenó sustraer el encendedor al hijo del millonario.

El asesino no se fio de Magda, pues esta trataría de engañarle respecto a la entrevista sostenida con él. Esto debió enfurecer a aquel ser odioso, y no vaciló en disparar, matándola.

Se encaminó rápidamente hacia el teléfono más próximo y marcó un

número. Al escuchar una voz, se apresuró a responder:

—Haga el favor de avisar al inspector Allison. Soy Dennis Harvey.

—Un momento, señor Harvey.

No tardó en oír la voz del inspector Allison, que sonó irónica:

—Por lo visto, no le ha detenido el inspector Gainer. Mi más sincera felicitación.

—Muy poco le ha faltado, incluso ya se disponía a hacerlo. Me acusaba de haber asesinado a Magda Felton, inducido por el señor Mason. Este desea demostrar la inocencia de su hijo por todos los medios, sin reparar en asesinar a su vez.

—Estará furioso, ¿verdad?

—Sí, terriblemente. Confío en que se aplacará, conforme se dé cuenta de la verdadera situación.

—Así será.

Continuaron hablando. Dennis lo hizo durante un rato, contestando el inspector de vez en cuando con brevedad.

—Tenga cuidado, Harvey. Ese hombre ya no se detendrá ante otro asesinato. Lo ha demostrado sobradamente.

—Tengo pruebas de ello. No se preocupe, inspector Allison.

Y colgó.

Permaneció indeciso, encendió un cigarrillo y, tras mirar a su reloj, se apresuró a dirigirse a su coche. Ya era la hora del almuerzo, y Jack le estaría esperando.

Quizá su amigo hubiese conseguido alguna importante información, pudiendo planear una nueva ofensiva, pues se encontraba desorientado, no sabiendo cómo actuar.

El camarero, al verle, le dirigió una sonrisa. Estaba sirviendo a un cliente. Tan pronto terminó, acudió al lado del joven. Este estaba sorprendido, pues llega atrasado, y Jack no se encontraba en el restaurante.

—Dennis, Jack Neil ha telefoneado, diciendo que no le será posible venir. Se halla muy ocupado.

—Gracias. Comeré solo, ya le veré esta noche.

—¿Cómo va el caso Mason?

—Han ocurrido bastantes cosas y muy importantes. No puedo decirlo. Ya lo leerá en el periódico.

—¿Ni el más pequeño adelanto?

—Ni eso, secreto profesional.

El camarero movió la cabeza, contrariado, pues estaba invadido de una gran curiosidad. Cuando Dennis afirmaba que eran importantes noticias, lo serían de verdad. El joven no acostumbraba a exagerar. Se alejó, mientras Dennis sonreía.

La sonrisa se borró de sus labios. Acababa de ver entrar la elegante

figura de Jim Landini. Este se dirigía hacia él, sin el menor titubeo.

—Estaba convencido de encontrarle aquí, Harvey.

—¿Ha venido a hablarme?

—Así es. Me he enterado de la muerte de Magda Felton…

—Asesinato, Landini —interrumpió el joven.

—El sentido es el mismo, las palabras carecen de importancia.

—No lo crea, le está hablando un periodista. Siéntese. ¿Quiere comer en mi compañía?

—Se lo agradezco, pero me marcho enseguida. Estoy desolado, puede creerme.

—No necesito hacer ningún esfuerzo para ello. Comprendo su estado de ánimo.

—Ahora todo ha cambiado. Quizá usted no esté equivocado y Ralph Mason no mató a Minella.

—Si Mason está en la cárcel, no puede haber asesinado a Magda. El criminal es otra persona, esto es indudable, aunque puede haber sido el señor Mason, para desvirtuar las sospechas de su hijo.

—¡Qué disparate! ¿A quién se le puede ocurrir semejante cosa?

—Al inspector Gainer. Lo afirmó delante de numerosos testigos, la mayoría, periodistas.

—El inspector está ofuscado, y lo habrá dicho en un momento de irritación.

—Si el asesino es otra persona, usted se siente intranquilo. ¿Verdad, Landini?

—Sí, algo terrible se oculta tras estas muertes. Con franqueza, no me gustaría aparecer muerto una mañana… por ejemplo, tras la mesa de mi despacho.

—Al parecer, todo es posible para ese misterioso individuo.

—Exacto. Nunca me ha gustado el papel de víctima.

—¿Qué va usted a hacer?

—Tomar precauciones. La primera hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, tengo confianza en su habilidad. Poseo algunos datos y se los daré. Quizá le sea posible descubrir la identidad del asesino.

—Le escucho, Landini.

El propietario del «Green Deer» miró a su alrededor.

—Aquí no, Harvey. Le espero a las cinco. Esta es la dirección —y le alargó una nota.

—¿Irá?

—Sí. A las cinco llamaré a la puerta. Acostumbro a ser puntual.

—Le estaré esperando. No saldré.

Agitó la mano en un ademán de despedida, y se alejó. Dennis le siguió con la mirada. Aquel hombre estaba asustado, lo divisaba en sus pupilas.

Dennis sentíase contrariado. Si Jim Landini no era el asesino, ni el cómplice de este, toda su teoría se derrumbaba estrepitosamente. Estaba desorientado, y quizá su entrevista con Landini le diese una pista. Si esto ocurría, la seguiría sin vacilar.

Empezó a comer. El camarero no se atrevió a hacerle ninguna pregunta, viéndole tan preocupado. Su oficio le enseñó a tener un gran tacto, conociendo cuándo debía hablar con un cliente. Cuando una persona se encontraba sumida en sus preocupaciones, no se le debía interrumpir.

Aquella mañana le había proporcionado impresiones muy distintas. Primero, la certeza de que estaba enamorado y era correspondido, invadiéndole una intensa alegría. Esto le sorprendió, pues siempre estuvo muy ufano de su infinita libertad, y le haría perderla para siempre.

La segunda fue mucho más desagradable e incluso desmoralizadora. Cuando vio el cadáver de Magda Felton, tuvo la impresión de que se le caía el techo encima, quedando sepultado. Confiaba tanto en la artista, que ya creía tener la solución del misterio en el bolsillo.

El inspector Gainer quedaría humillado y confuso cuando le indicase el verdadero criminal, mostrándole pruebas irrefutables. No podría oponerse a la detención del asesino.

CAPÍTULO IX

La casa era normal, más bien humilde.

Dennis la observó con detención, antes de descender de su coche. El barrio era tranquilo, gozando de fama honorable. Movió la cabeza, defraudado. Nunca hubiese creído a Jim Landini viviendo en un lugar como aquel. Desentonaba por completo.

El dueño del «Green Deer» debía residir en un lujoso departamento, situado en una moderna avenida. Hacerlo en aquel lugar, poseyendo un club nocturno, representaba un rudo contraste.

Se encogió de hombros. Existían tantas cosas sorprendentes en el mundo, que Dennis apenas hacía caso a las pequeñas sorpresas cotidianas. Y estas se ofrecían con mucha frecuencia en su profesión.

Descendió del coche y vio a Tonio. El muchacho se encontraba en la esquina próxima, siendo su aspecto natural. Nada en él denotaba estar siguiendo los pasos de una persona. Tonio era inteligente y poseía una naturalidad sorprendente.

Le hizo, un imperceptible guiño, teniendo la corteza de haber sido recogido por el muchacho, pese a continuar impasible. La presencia del jovencito indicaba que Jim Landini se encontraba en la casa, esperándole.

Subió al segundo piso, pues la casa carecía de ascensor, siendo su construcción antigua. La escalera estaba muy limpia, mostrando un aspecto honorable.

Cada vez se le hacía más cuesta arriba creer que Jim Landini viviese allí. En realidad, esto le tenía sin cuidado. Lo importante sería sostener una entrevista con aquel individuo, poniendo las cartas boca arriba.

Hablarían con claridad, hasta que quedara convencido de la inocencia o culpabilidad de Landini en los asesinatos cometidos.

Le sorprendió el interés mostrado por el aventurero en aquella entrevista. Al parecer, se encontraba en un atolladero, y esperaba salir de él con su ayuda. Si Landini se encontraba al margen de aquel asunto, estando atemorizado por el hecho de que hubieran sido asesinadas sus dos estrellas, su desconcierto sería absoluto, pues se quedaría sin sospechosos.

Aunque poseía en su poder un indicio, y confiaba en él para esclarecer aquel misterio.

Llamó a la puerta, oyendo inmediatamente el sonido de unos pasos fuertes. El propio Jim Landini se encontraba ante él, no sin haberle examinado antes poruña mirilla. No podía dudar de la nerviosidad de aquel hombre, temiendo una repentina agresión.

—Me alegro de verle, Harvey. Haga el favor de pasar.

—Gracias, Landini. Está usted muy bien instalado.

El recibidor estaba amueblado con sencillez y buen gusto.

—Siempre me ha gustado vivir bien.

Cruzaron un largo pasillo, llegando a una sala, en cuyo final había una vidriera, dando a un patio interior. Esto permitía a la sala contar con una gran claridad, aumentando la impresión de confortable. Los muebles eran de valor, aunque antiguos, careciendo de la gracia de los modernos.

—Siéntese, Harvey. Póngase cómodo, que vamos a hablar largo y tendido.

—A eso he venido —asintió Dennis con calma.

Landini colocó una copa ante el joven y otra en el extremo opuesto de la mesa. En medio una botella de excelente *whisky* escocés. Se sentó y ofreció su pitillera a su visitante.

—Gracias, prefiero fumar del mío. Ya estoy acostumbrado a su sabor y no me gusta cambiar.

—Como usted quiera, eso carece de importancia.

Vertió el licor en las copas y alzó la suya.

—Brindo por el descubrimiento del asesino de Minella y Magda.

El joven asintió con un movimiento de cabeza, y unió su copa a la de Landini, bebiendo después.

—Excelente *whisky*.

—Y muy caro, pero siempre me ha gustado, lo mejor. Nunca he regateado esfuerzos para conseguirlo.

—Vive en un piso muy bonito. Nunca hubiera imaginado verle instalado en este barrio.

—¿No?

—No le creía en un moderno apartamento, disfrutando de nuevos adelantos.

—Voy a decirle la verdad. Usted no se ha equivocado, vivo en una gran avenida. Este piso pertenece a un amigo mío, ausente durante unos días de la ciudad. De esta forma, nuestra entrevista será más secreta, pues alguien podría verle entrar en mi departamento. Ahora estamos solos.

—Una prudente medida. ¿Ese alguien podría ser el asesino de Minella y Magda?

—Exacto.

—¿Le teme usted?

Landini colocó sus manos sobre la mesa, mientras miraba con fijeza a su interlocutor.

—Le mentiría si le contestase que no.

—¿Existe algún motivo?

—Lo ignoro. Pero mis dos estrellas han sido asesinadas. Yo también puedo recibir un balazo o una puñalada. La idea de verme tendido en una mesa, cubierto con una sábana, no me hace ninguna gracia.

—Le comprendo.

—¿Sospecha usted quién es el asesino?

—No.

—¿De veras? ¿No trata de engañarme?

—Sospechaba de usted. Si usted no es el asesino, estoy completamente desorientado.

—¿Sospechaba de mí? ¿Y por qué?

—Usted es la persona que mayores posibilidades tiene de haber entrado en el «camerino» de Minella. Podía haber ordenado a Magda sustraer el encendedor a Ralph Mason, colocándolo como prueba decisiva contra este.

—¿Magda sustrajo el encendedor a Mason? Lo ignoraba.

—Sí, por eso el asesino la eliminó, borrando una acusación fatal para él. Hubiera sido muy interesante conocer la identidad de quien dio la orden a la muchacha.

—Es un hombre muy hábil y decidido. ¿Qué interés le habrá inducido a matar a esas dos mujeres?

—Aquí está la clave del misterio, Landini. De conocer el móvil, el misterio quedaría desvanecido, apareciendo la figura del criminal. Gainer debería limitarse a detenerle.

—El inspector tampoco debe tener ninguna sospecha, pues sigue obstinado en creer en la culpabilidad de Mason.

—Solo pruebas concluyentes lograrán sacarle de su error.

—En un principio yo opinaba igual, y se lo dije con claridad. Tenía la certeza de que se trataba de un estúpido crimen pasional. Usted fue el único que no lo creyó, y admiro su perspicacia.

—El detalle de haberse encontrado el encendedor de Ralph Mason junto a la víctima, no me engañó un solo momento. Todo demasiado fácil. El aspecto de Mason, aunque algo nervioso, daba la impresión de que era inocente. Se lo pregunté y me respondió afirmativamente.

—Pero eso es muy ingenuo. Ningún culpable admite el delito cometido.

—Es cierto, aunque existe el tono, la forma de responder.

—Debo admitirlo, pues fue el único en descubrir parte de la verdad.

—Los demás se dejaron subyugar por las pruebas y la seguridad demostrada por el inspector Gainer. Este no se encomendó ni a Dios ni al diablo para proceder a la detención de Mason.

—Una verdadera plancha. El prestigio del inspector saldrá resquebrajado, mientras el suyo subirá como la espuma.

—No me guía ningún móvil particular. Usted no entiende de esto. Se trata de algo adherido a nuestra profesión.

—¿Qué piensa hacer?

—Continuar investigando. No descansaré hasta haber descubierto la identidad del asesino.

—Es usted muy obstinado.

—Lo soy. Y más cuando se halla en juego la vida de un inocente. Además, el asesino puede seguir actuando, siendo usted la próxima víctima.

—Por eso le he hablado, yo también tengo ese temor.

—Dígame la verdad, ¿de quién sospecha?

—De nadie.

—Trata de engañarme, y eso no está bien. Usted me ha hecho venir para hablarme con claridad, y no lo ha hecho. Las consecuencias caerán sobre usted.

—Quizá no. El asesino permanecerá en la sombra, sin volver a actuar. Todos quedaremos libres de su amenaza.

—Eso no será posible, y usted lo sabe. El asesino será acorralado, hasta hacerle aparecer. Cuando se conozca su identidad, no podrá escapar, pagando los crímenes cometidos.

—Es muy hábil.

—Le hostilizaré continuamente desde mi periódico, y la policía se verá obligada a redoblar sus investigaciones.

—Usted no debe hacer eso, Harvey.

El joven miró con fijeza al dueño del «Green Deer».

—¿Por qué no?

—Le ofrezco cinco mil dólares.

—¿Cinco mil dólares? ¿Qué motivo le impulsa a darme esa cantidad?

—Mi seguridad personal. ¿Le parece poco?

Los ojos de Dennis brillaron. Esbozó una sonrisa.

—No es eso, Landini. Algo más me impulsa a entregarme esos cinco mil dólares, que son mucho dinero. Dígame la verdad.

—Ya se la he dicho.

—Me está mintiendo, pero es indiferente. Descubriré la verdad y también su papel en este endiablado asunto.

—Usted no lo conseguirá, Harvey.

—¿Qué quiere decir?

—Es usted muy peligroso, y va a quedar fuera de combate. Ya ha escrito su último artículo.

—¿De veras?

Y Dennis se incorporó. Iba a agredir a Landini, pero este continuó sentado, sus labios, entreabiertos en una sonrisa amenazadora.

—¡Quieto, Harvey! No se mueva, será peor para usted.

—Voy a destrozarle a golpes. No estaba equivocado. Es usted el asesino.

—No, rio lo soy. En ese punto sigue equivocado.

El joven dio dos pasos hacia Landini, pero se detuvo al oír una voz:

—¡Quieto, Harvey! Ahora no podrá escaparse.

En la puerta de la sala habían aparecido dos hombres, que empuñaban sendas pistolas. Dennis los reconoció inmediatamente: eran los que le

atacaron cuando salió del departamento de Magda Felton.

—Me ha tendido una trampa, ¿eh, Landini?

—Sí. Ha cometido un error al no aceptar mi oferta. Cinco mil dólares es una cantidad importante, y más, si va acompañada de su vida.

—Su propósito es matarme. Ya no le importa librarse de otra persona.

—Sigue equivocado. Yo no he matado a Minella y Magda, y tampoco le mataré a usted.

Dennis no perdió la serenidad, pese a comprender lo peligroso de su situación. Se encontraba en poder de sus enemigos, y estos no vacilarían en disparar contra él, en el caso de intentar huir. Ahora él habíase constituido en un peligro mayor para los criminales, pues conocía la participación de Jim Landini en los asesinatos cometidos. Al revelárselo este, era por estar convencido de su superioridad.

Y desde luego, resultaba evidente que no fue el asesino de las dos mujeres, pues no habría vacilado en decirlo. Se trataba de un individuo vanidoso, que sentiríase orgulloso de su habilidad.

El pistolero llamado Boris se le acercó. Sonreía con crueldad y en su mirada se reflejaba el odio.

—Otra vez volvemos a encontrarnos, Harvey. Pagará muy caro los golpes que me propinó.

—Me limité a defenderme, amigo.

Boris le cacheó hábilmente, cerciorándose de que no iba armado.

—Ni siquiera un cuchillo. Es usted muy confiado.

Y soltó una carcajada. Fue la ocasión esperada por Dennis, pues su enemigo, por un instante, dejó de vigilarle. Le dio un golpe en la mano, mientras su puño derecho le alcanzaba con potencia en la mandíbula.

Boris dio media vuelta y se desplomó de bruces.

El joven se disponía a lanzarse contra el otro pistolero, cuando Jim Landini, con rapidez, cayó sobre él, tratando de entorpecer sus movimientos.

Le incrustó el codo en el estómago, arrancándole un gemido. Ya confiaba en verse libre de él, pudiendo enfrentarse con su tercer enemigo, cuando este le propinó un golpe en la cabeza con la culata de la pistola.

Las piernas de Dennis se doblaron. Con un desesperado esfuerzo quiso rehacerse, pero otro culatazo le derribó sin conocimiento.

—¡Maldito periodista! —masculló Landini, furioso.

Y le propinó un puntapié.

Boris se incorporó rugiendo, intentando abalanzarse sobre él cuerpo inanimado del joven. Landini le sujetó por el brazo.

—¡Quieto, imbécil!

—Le voy a dar su merecido a ese tipo.

—Cállate, tú has sido el causante de todo esto. Ya sabías que es peligroso. No debiste confiarte.

—No pude evitarlo, fue muy rápido.

—Como en la otra ocasión, ¿verdad? —comentó Landini, sarcástico.

Llenó su copa y la vació de un trago, arreglando después el desorden producido en su indumentaria.

—Hunter, confío más en ti. Ataréis a Harvey a esa silla, y no le perderás de vista. Cuando anochezca nos iremos, y lo liquidaremos en el puerto. Ya está todo preparado. Ahora me marcharé, pero no vuelvas a cometer otra tontería Boris.

El pistolero bajó la cabeza, avergonzado por la reprimenda de su jefe.

Landini salió a la calle. Tan pronto lo hubo hecho, fue visto por Tonio. El muchacho parpadeó, sorprendido. Dennis no aparecía, y él estaba convencido de que había ido a entrevistarse con el aventurero. Por un momento, permaneció indeciso, no sabiendo cómo actuar, pero reaccionó y siguió a Landini.

Debía ceñirse a las instrucciones recibidas, no perdiendo de vista al aventurero. Aunque este en su coche o adquiriese los servicios de un taxi, Tonio no se desmoralizaba, contando con recursos para seguirle.

El muchacho estaba preocupado por la suerte de Dennis, teniendo la seguridad de que había caído en una trampa. De haberes dejado llevar de su impulso, se hubiese apresurado a averiguar dónde se encontraba su amigo, y tratado de ayudarle.

Pero esto contrariaría a Dennis, hasta destruir posiblemente sus planes. El joven ya no querría verle.

Estos pensamientos lo hicieron dedicar toda su atención a no perder de vista a Landini.

Cuando le vio entrar en el «Green Deer», el muchacho se encaminó al teléfono público más próximo, llamando a la redacción y preguntando por Jack Neil, Le contestaron que no se encontraba allí el periodista. Si deseaba dejar ion recado para él.

Tonio se mordió los labios. La voz preguntó:

—¿Ha colgado?

—No. Haga el favor de ponerme con el señor Swan.

—Espere un momento.

No tardó en escuchar la voz brusca y agresiva del veterano periodista.

—Soy Zachary Swan. ¿Qué desea?

—Señor Swan, me llamo Tonio y soy amigo de Dennis Harvey.

—Bien.

—Hace casi una hora que Dennis entró en una casa, en la que estaba Jim Landini. Este ya ha salido, y Dennis no ha aparecido.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Swan. Su voz denotaba un vivo interés.

—Temo por su suerte. Pueden haberle atacado de nuevo.

—Dame la dirección de esa casa, Tonio.

El muchacho se apresuró a hacerlo, aunque añadiendo:

—Señor Swan, es preciso proceder con mucha cautela. Dennis me lo ha encargado con gran insistencia.

—¡Oye, chiquillo! ¿Vas a enseñarme cuál es mi oficio?

—¡Oh, no, señor Swan! Solo le estoy repitiendo lo dicho por Dennis. No quisiera que se enfadara conmigo. Quizá estoy cometiendo una torpeza.

—No, no, Tonio —respondió el redactor jefe. Su tono sonaba extraño, dando la impresión de estar emocionado—. Te has portado muy bien. Ocurra lo que ocurra, Dennis nunca se enfadará contigo; yo te lo aseguro.

—¿He obrado bien, de veras?

—Sí, de forma admirable. Estará orgulloso de ti.

—Ahora ya estoy más tranquilo, aunque sigo asustado. Continuaré siguiendo a Jim Landini.

—Debes tener cuidado. Dennis está habituado al peligro, y sabe defenderse. Pero tú casi eres un chiquillo. Esos hombres están dispuestos a matar. Son unos asesinos.

—Soy impulsivo, poro comprendo que debo contenerme.

—¡Buen muchacho, Tonio! Ya te conoceré y tendré el placer de tirarte de las orejas.

—El placer será mío, señor.

Y colgó, sin sospechar que había recibido el mayor elogio de que era capaz Zachary Swan.

Su forma de actuar y su discreción conquistaron el afecto de aquel hombre rudo, noble y batallador.

⋆ ⋆ ⋆

Jim Landini sonreía, complacido, cuando hubo terminado de telefonear. Todo continuaría igual, sin cernerse ningún peligro sobre él. La mayor impunidad seguiría amparándole, y las misteriosas muertes de Minella Doody y Magda Felton pasarían a los anales policíacos como crímenes sin descubrir, a menos que fuesen achacados a Ralph Mason.

Sonreía abiertamente, y bebió más *whisky*. Aquella tarde quizá había abusado algo del licor, encontrándose bastante eufórico, pero carecía de importancia, ante su gran triunfo. Ahora Dennis Harvey, el aborrecido periodista, se encontraba en su poder, faltando poco para desembrazarse de él.

Volvería a vivir tranquilo, pues aquellos días fueron de continuos sobresaltos para él. No recordaba haber sufrido en toda su vida aquella terrible tensión nerviosa, de la que tenía la culpa Dennis Harvey.

Si Harvey no hubiese intervenido, todo se habría desarrollado con la mayor tranquilidad. Al descubrirse la muerte de Minella, habiendo detenido Gainer a Ralph Mason, todo se habría olvidado en dos días. Los periódicos ya no habrían vuelto a mencionar el asesinato del «Green Deer».

Pero todo estaba bien, cuando acababa bien. Y Jim Landini sonrió abiertamente cuando recordó esta cita. No sabía quién era su autor y no le importaba.

Atendió a varios asuntos secundarios, sin preocuparse excesivamente de sus decisiones. El tiempo transcurría con lentitud, pues deseaba que anocheciese, con afán.

Al fin se levantó, dio las últimas instrucciones y salió del local. Se dirigió a su coche, sin fijarse en nada. Solo ansiaba encontrarse de nuevo en aquel piso donde estaba Dennis Harvey atado en una silla.

El periodista volvería a salir a la calle, yendo directamente hacia la muerte.

Tan pronto Tonto comprendió su intención de ir en busca de su coche, corrió hacia un taxi, ordenando le siguiese. El taxista se limitó a asentir con la cabeza, sin parecer sorprenderse por la indicación del muchacho. En su profesión estaba acostumbrado a las cosas más inverosímiles.

Tonio no se equivocó. Landini regresaba a la casa donde se encontraba Dennis. Esto le alegró y tranquilizó. Probablemente, su amigo continuaba vivo, si era cierta su sospecha de que se encontraba en poder de los criminales.

Al tener la seguridad de ello, procedió audazmente. Dio al taxista la dirección de la casa, encargándole se adelantase al coche perseguido. La cosa fue fácil, pues Landini parecía no tener excesiva prisa.

El muchacho pagó la carrera y entró en la escalera, esperando la llegada de Jim. Cuando el coche se detuvo, subió al primer piso, moviéndose con ligereza y sigilo. El otro subía la escalera y Tonio siguió al segundo piso.

Continuó hasta el tercero, al asegurarse de que seguía hacia arriba. Inclinándose con cautela, observó cómo el aventurero abría la segunda puerta y entraba. Quedó indeciso, no sabiendo cómo actuar, y decidió esperar.

Landini, tan pronto entró en el piso, vio a un hombre sentado.

—¿Hace mucho que me esperas?

—Unos diez minutos.

—¿Ya has visto a Dennis Harvey?

—Aún no; aguardaba tu llegada. Yo os seguiré.

—De acuerdo.

Dennis levantó la cabeza al oír el rumor de los pasos de Landini. Los dos pistoleros jugaban a los naipes. Al parecer, la partida era enconada, pues daban golpes sobre la mesa a menudo, y mascullaban juramentos y palabras soeces.

—¿Va de vuelta, Landini? —preguntó el joven con ironía.

—Sí. Su ausencia no ha preocupado a nadie, al parecer. Los diarios hablarán mucho de usted, comentando la forma como apareció su cadáver en el mar. Se deberá a un accidente. En su cuerpo no aparecerán huellas de

la menor violencia. Quizá su corazón habrá fallado, y caído en el puerto. Esto suele sucederle a varias personas. Lo tengo todo previsto.

—Mi corazón siempre ha sido fuerte. Cuantos me conocen lo saben.

Landini movió la cabeza, sonriendo.

—Quizá se achaquen las causas a las emociones de estos últimos días.

—Es usted muy hábil. ¿Ha sido idea suya o de su asesino?

—Ha sido idea mía, Harvey.

Un hombre había entrado en la estancia. Dennis volvió la cabeza con brusquedad, mientras su rostro palidecía intensamente. Sonó una carcajada dura y áspera.

—¿Sorprendido?

—Sí, no puedo negarlo. Le creí un hombre duro y despiadado, pero nunca un asesino.

—No me molestan sus palabras. Le advertí que no debía intervenir en este caso. Ahora se arrepentirá.

—No me arrepentiré nunca, inspector Gainer. Es usted perjuro a la justicia, abusando de su autoridad para dejarla.

—Nadie me descubrirá; todo lo tengo bien planeado. Ha sido un insensato, y particularmente me alegro de que no haya aceptado la oferta de Landini. Esto habría evitado su muerte, y no estaría satisfecho. Es usted un entrometido periodista.

Dennis estaba verdaderamente sorprendido, y ya empezaba a reponerse de la impresión recibida. Nunca hubiera sospechado del inspector. A pesar de todos sus defectos, le consideraba como un hombre honrado.

Se trataba de un duro golpe comprobar que los asesinos se escudaban tras su placa de inspector de policía. Todo su respeto hacia los agentes de la autoridad se derrumbaba. Ya no podría mirarles de la misma forma, no le sería posible.

Gainer seguía observándole con dureza. Se le acercó y, cogiéndole de la solapa, le zarandeó con violencia.

—Le queda muy poco de vida.

—Quíteme las manos de encima, renegado.

Y Dennis le escupió en el rostro.

Gainer retrocedió un paso, mientras profería una imprecación. Se limpió con el dorso de la mano. Después le propinó una violenta bofetada. La cabeza de Dennis bamboleó durante unos instantes, luego se irguió, enfrentándose a su cobarde agresor.

—¡Cuánto le desprecio, Gainer!

El rostro del indigno inspector enrojeció. A su pesar, retrocedió dos pasos. Sus puños estaban crispados con furia. Reaccionó y barbotó con contenida violencia:

—Voy a matarte.

Landini le cogió del brazo, apretándoselo con fuerza.

—Serénate, Gainer. No debe importarte los insultos de Harvey. No tardarás en presenciar su muerte.

Gainer lanzó una carcajada.

—Es cierto. Seré yo quien le propine el golpe que le dejará sin conocimiento. Después meteré su cabeza en el agua hasta que esté ahogado. Será un placer, te lo juro, Harvey.

Dennis no pudo evitar el ser sacudido por un estremecimiento. Pero se repuso y continuó mostrando su entereza. De ninguna forma estaba dispuesto a mostrar temor ante aquellos asesinos.

—Al parecer, un asesinato perfecto.

—Exacto. Nadie sospechará la verdad. Y por añadidura, me encargaré yo, por tener cierta relación con los crímenes cometidos. Y Ralph Mason no quedará en libertad. Procuraré demostrar su culpa. Tus artículos en su favor ya habrán terminado.

—Se equivoca. Zachary Swan proseguirá mi tarea, y contra él se estrellarán sus añagazas.

—¡Bah, ya no existirá ningún peligro!

—¿Fue usted quien mató a Minella y Magda?

—Eso no te importa. Además, no tardarás en morir.

—Precisamente por eso, podría satisfacer mi curiosidad. Le creo un traidor y desaprensivo, pero no capaz de tener tanta habilidad.

—Siempre has despreciado mi inteligencia, Harvey. Esto te ha sido fatal.

—No me ha contestado, Gainer —replicó Dennis con frialdad.

—¡Bah, carece de importancia!

—No, la tiene, y ya sé quién es el verdadero asesino.

De nuevo enrojeció el semblante del inspector. No se pudo contener y abofeteó brutalmente a Dennis. Un hilillo de sangre descendió por la comisura de los labios del joven; no obstante, continuó mirando burlonamente a su enemigo.

—Ahora puede desahogarse, Gainer. Estoy atado y me es imposible defenderme. Además de traidor y asesino, es usted un cobarde.

Ahora Gainer se dominó, mirando al periodista con siniestra calma. Sus ojos brillaban amenazadores.

—Puedes seguir insultándome, Harvey. Es tu última voluntad.

—¿Nos vamos ya? —inquirió Landini con ansiedad.

—Sí, acabaremos cuanto antes.

Jim se volvió hacia Dennis.

—Vamos a desatarle. Boris y Hunter seguirán encañonándole, y al menor intento de resistencia, dispararán. Nadie se dará cuenta, pues sus pistolas van provistas de silenciadores. Todo consistirá en un poco más de trabajo para nosotros. Le recomiendo que no ponga resistencia y se ahorrará golpes.

—Me estoy acostumbrando, Landini.

Los pistoleros actuaron con rapidez. También ellos parecían estar deseando terminar con aquel asunto. Dennis se vio libre de sus ligaduras, poniéndose en pie, vacilante. Dobló piernas y brazos para apresurar la circulación de la sangre.

—¿Puede andar? —preguntó Landini.

—Sí.

—Si no puedes, te tiraremos por la escalera. Rodando se llega abajo —comentó Gainer, soltando una carcajada.

—No seas gracioso —le amonestó Landini, con cierta aspereza—. Cuando salgamos a la calle, mucho cuidado, Harvey.

—Lo tendré —asintió él joven con una extraña sonrisa.

Estaba dispuesto a intentar la huida, aunque no tuviese ninguna posibilidad de conseguirlo. Prefería morir luchando, que no sumisamente. De esta forma, atraería a la policía hacia sus asesinos, no quedando aquellos crímenes impunes.

Y la inocencia de Ralph Mason quedaría demostrada.

Landini abrió la puerta y empezó a descender los peldaños, siguiéndole los pistoleros y Dennis. Gainer se dispuso a cerrar la puerta con llave. Aquel piso ya había cumplido su misión, y no volverían a él.

Tonio advirtió inmediatamente cuál era la situación. Dennis se encontraba en poder de aquellos bandidos, y su muerte podía darse como segura. Aunque la claridad no era absoluta, ni mucho menos, pudo ver las pistolas empuñadas por Boris y Hunter.

Su amigo le recomendó no arriesgarse, bajo ningún pretexto. Pero ahora se encontraba en peligro su vida, y él no podía permanecer inmóvil, contemplándolo con indiferencia.

No vaciló y se lanzó en tromba contra el grupo formado por Dennis y los dos pistoleros, cuando empezaban a descender. Gainer no tuvo tiempo de detenerle, pues pasó por su lado como una exhalación.

Los tres hombres, cogidos desprevenidos, rodaron por los peldaños, mientras Tonio golpeaba a Hunter con una pequeña porra de goma maciza, en la cabeza. Eli pistolero quedó tendido de bruces, sin haber tenido tiempo de exhalar un gemido.

EL muchacho habíase provisto de aquella arma, por si se encontraba en una situación similar a aquella.

Dennis reaccionó con rapidez de la sorpresa recibida, tratando de aprovechar la ayuda inesperada. Su puño dio en la mandíbula de Boris, cuando este intentaba levantarse y disparar contra él. La violencia del golpe derribó al malhechor, quedando inconsciente.

Con vertiginosa rapidez, le arrebató el arma y encañonó a Landini.

—¡Quieto o le mato! —amenazó con firmeza.

Oyó un violento juramento sobre su cabeza. Gainer rugía, exasperado,

profiriendo amenazas.

—¡Quieto, Gainer! Ahora esto ha cambiado. Si dispara, mataré a Landini.

—No lo haga, Harvey.

La contestación de Gainer fue demasiado elocuente, pues disparó rabiosamente hacia abajo, sin divisar con claridad a quienes deseaba matar.

Tonio notó un intenso dolor en un hombro, cayendo hacia atrás, cuando se disponía a subir el tramo de peldaños y lanzarse contra el inspector. Se dejó resbalar en el suelo, y permaneció inmóvil, esperando recibir otro balazo.

Cogiendo a Landini por un brazo, le obligó a echarse. Esto les libró de los proyectiles, pues estos pasaron sobre ellos.

—¿Quién mató a Minella y Magda? —preguntó Dennis.

—Si me deja en libertad, se lo diré —respondió Jim, asustado.

—Yo le soltaré, pero la policía se encargará de atraparle.

—De acuerdo. Fue…

Jim Landini habíase incorporado algo al responder, dominado por la esperanza de escapar de aquel infierno. Gainer se apoyaba en la barandilla superior, ciego de rabia. Apretó el gatillo mientras rugía:

—¡Muere, traidor!

El proyectil se incrustó en la frente de Landini, y este se dobló sobre sí mismo, mientras su camisa blanca quedaba empapada de sangre.

Gainer lanzó una brutal carcajada.

—Ya no podrá delatar a nadie. Ahora te mataré a ti, Harvey.

Y trataba de apuntar al joven. Dennis se vio obligado a disparar, pues estaba en juego la vida de Tonio y la suya. Apretó el gatillo, oyendo el impacto del proyectil en la cara del inspector.

Este quedó apoyado en la barandilla y los brazos colgando. Durante unos instantes se balanceó y terminó por desplomarse en el vacío. Dennis lo vio pasar ante sus ojos.

Los vecinos estaban asustados, aunque ninguno se atrevía a salir, y menos al oír los disparos. Se limitaron a avisar a la policía.

—¿Dónde estás, Tonio? —preguntó, angustiado por el silencio del muchacho.

—Aquí, Dennis. Me han herido.

—¿Por qué has hecho esto? Te advertí que no debías exponerte.

—Esos hombres querían matarte, y no podía consentirlo.

Dennis encañonó a Boris, pues el pistolero empezaba a incorporarse, aturdido. Llegó hasta el muchacho, y le ayudó a levantarse.

—¿Puedes andar?

—Si me ayudas, sí —respondió Tonio, tratando de sonreír.

—Eres un valiente, chico. Gracias a ti, me he librado de la muerte.

Nunca podré pagártelo.

—Estamos en paz, Dennis.

Cogiéndole por la cintura con fuerza y apuntando a Boris, descendieron por la escalera. Al llegar al último tramo, se encontraron con un inspector y dos, agentes.

—¡Quedan detenidos! —ordenó el primero.

—Me llamo Dennis Harvey y soy periodista. Varios hombres trataron de matarme. Uno de ellos es este. Arriba encontrarán otro sin conocimiento y a Jim Landini, muerto. Hagan el favor de avisar al inspector Allison, que está enterado de esto caso.

—¿Quién ha matado al inspector Gainer?

—Yo. Pertenecía a esa cuadrilla de asesinos.

Tonio fue llevado inmediatamente a un hospital, no tardando en llegar el inspector Allison. Sus ojos quedaron fijos en el cadáver de Gainer, mientras escuchaba la explicación de Dennis.

—No le tenía ninguna simpatía, pero nunca le creí capaz de tan ruin proceder.

Y empezaron a ser rodeados de periodistas, ávidos de enterarse de lo ocurrido. Jack ya había abrazado a su amigo, palideciendo al enterarse de la herida recibida por Tonio. Nick Burton le golpeó la espalda efusivamente.

—Le felicito, Harvey. Nos ha derrotado a todos. No omita detalle; tenemos derecho a una información completa.

—La tendrán, se lo prometo.

—¿Quién mató a Minella Doody y Magda Felton? —preguntó el inspector Allison.

—El inspector Gainer y Jim Landini eran los jefes de una banda, que traficaban en drogas y estupefacientes. Minella era una mujer muy ambiciosa y lo descubrió, exigiéndoles continuas cantidades. Solo deseaba tener alhajas. Ralph Mason constituyó para ella un gran filón, pues el joven le hacía valiosos regalos, hasta romper con ella. Exasperada, teniendo algunas cartas del joven en su poder, quiso hacerle objeto de chantaje, pero Mason se opuso resueltamente. Le citó en el «Green Deer». Su presencia en el local indujo a esos forajidos a asesinarla y achacarle su muerte. Todo hábilmente preparado. Descubrí que Magda había sustraído el encendedor de Mason, y la acorralé, pero los asesinos se me anticiparon y la mataron. El inspector Gainer, abusando de su autoridad, trató de comprobar la culpabilidad de Mason, y me puso continuos obstáculos, aunque no llegué a sospechar de él.

—Entonces, él fue el asesino.

—No, inspector Allison.

—¿Jim Landini?

—Tampoco. El asesino es Nick Burton. Él es el verdadero jefe de esa

cuadrilla de malhechores.

La sonrisa de Burton no se borró de sus labios.

—Es un disparate, mi querido Harvey.

—No, tengo pruebas de ello. Me lo dijo Landini antes de morir. Era un cobarde.

El periodista continuó sonriendo.

—Sí, lo era. Nunca me gustó su forma de actuar. Solo tenía la fachada, pero en su interior temblaba continuamente. Le felicito sinceramente; ha demostrado ser un gran periodista y no tan solo en deportes.

Dos agentes se apresuraron a detenerle.

—Muy bien, Harvey —le felicitó el inspector Allison, estrechando la mano del joven.

* * *

Tonio estaba emocionado. Cuantos se hallaban en su habitación le habían felicitado efusivamente. A un lado estaba Mickey y su madre, en el otro, Dennis y Jane. Alrededor del lecho, el señor Mason, Ralph y Helen, aparte Zachary Swan y el inspector Allison.

—Tus estudios corren de mi cuenta. Después te daré un cargo en mi empresa, Tonio —dijo el señor Masón.

—¡Mientras yo viva, eso no ocurrirá! —exclamó Swan, exasperado.

El millonario le miró con frialdad.

—¿Por qué trata de oponerse?

—No permitiré que se estropee un gran periodista. Tonio trabajará para mí.

—Eso lo decidirá él —respondió Mason, desafiador.

—No se enfade, señor Mason. Pero el señor Swan es mi jefe, y siempre tiene razón. Mi mayor deseo es parecerme a Dennis.

—¿Se ha dado cuenta? —inquirió Swan, triunfante.

—Sí, me rindo ante la evidencia. Pero sus estudios corren de mi cuenta. ¿Se opone?

—No, no.

Y los dos hombres se estrecharon la mano cordialmente.

—Oye, Dennis, tu novia es muy bonita —dijo Tonio, de improviso.

Todas las miradas se clavaron en Jane. La joven se ruborizó, pero respondió valientemente:

—Todavía no lo soy, Tonio. No me lo ha preguntado.

—Pues yo he visto cómo te besaba.

—Eres muy indiscreto, Tonto —le amonestó Dennis, sonriendo—. Esas cosas no se dicen, y monos delante de testigos. ¿Quieres casarte conmigo, Jane?

—Sí.

Los dos jóvenes se abrazaron, y las felicitaciones cayeron sobre ellos,

todas efusivas, aunque la de Zachary Swan sonó algo gruñona.

FIN



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain

Notas

{1} *En español: «Ciervo Verde».*